

SAN AMBROSIO DE MILÁN

SOBRE LA PENITENCIA

De Poenitentia

SABBATISMUS

San Ambrosio de Milán (340–397)
De Poenitentia · Sobre la penitencia

Texto latino: dominio público.
Traducción, alineación y edición © 2026 Inversiones San Juan Diego
(Sabbatismus). Licencia Creative Commons Atribución-CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-SA 4.0).

Sabbatismus es la editorial de la fundación Inversiones San Juan
Diego, San Pedro Sula, Honduras.
Compuesto en EB Garamond y Cinzel.
sabbatismus.com

[SOBRE LA PENITENCIA.] ADMONICIÓN SOBRE LOS LIBROS DE LA PENITENCIA.

Puesto que estos dos libros fueron escritos contra los novicianos, para que el consejo de Ambrosio, el orden y la serie de la obra, y la fuerza y el peso de los argumentos se perciban con menor dificultad, hemos considerado que no sería ingrato para el lector si ponemos ante sus ojos de dónde surgió aquella herejía, qué progresos tuvo y en qué estado se encontraba cuando se elaboraban estos mismos libros.

Los novicianos recibieron su nombre de los autores de la secta, Novato y Noviciano, a quienes, aunque muchos de los antiguos, y especialmente los griegos, confunden erróneamente, Ambrosio nunca deja de distinguir. El primero de ellos fue presbítero de la Iglesia de Cartago, pero nunca llegó a la dignidad episcopal; en lo cual erraron Baronio, Petavio, Labeo y algunos otros. Era de ánimo inquieto y malvado, y no estaba preparado para nada más que para las revoluciones. El mismo se había unido a Felicísimo, quien deliberaba con que se debía devolver la paz a los lapsos en la idolatría sin imponerles ninguna pena. Para conciliar un poco más de autoridad a su herejía, lo empuja con todo arte y ambición al diaconato, no solo sin el consentimiento de su obispo Cipriano, sino ni siquiera consultándole. A este crimen añadieron otros llenos tanto de impudicia como de atroz crueldad, por los cuales los hermanos le señalaron un día ante Cipriano: pero la persecución renovada por aquel tiempo impidió que se investigara más sobre él. Aprovechando esa oca-

sión, Novato huyó a Roma; y habiendo llegado allí hacia el comienzo del año 251, encontró al clero y al pueblo de allí disintiendo sobre la sustitución del pontífice en lugar de Fabián, quien no hacía mucho había sufrido el martirio.

Los estudios divididos de los romanos se habían vuelto hacia dos presbíteros, Cornelio y Noviciano. Este último profesaba los decretos de los filósofos estoicos, hombre de ingenio muy agudo, de variada doctrina y de elocuencia no vulgar: pero además de que había estado sujeto a exorcismos, el obispo no lo había signado con la sagrada unción cuando fue bautizado en la cama por causa de su mala salud. Sin embargo, despreciando estos defectos, el mismo prelado lo consideró digno del honor sacerdotal; de donde se excitó no pequeña ofensa en los ánimos del pueblo. Por lo tanto, cuando votos más numerosos y justos designaron a Cornelio como pontífice, hombre de eminente virtud y ejercitado en cada uno de los grados de la Iglesia, Noviciano, impaciente por el rechazo, decidió por sí mismo anular aquella elección. Para llevar a cabo este intento, escribió un famoso libelo contra Cornelio: y finalmente negó que su ordenación fuera legítima porque no rechazaba de su comunión a aquellos cristianos que, durante la furiosa persecución, habían quemado incienso a los ídolos. Atrajo a su facción a no pocos del pueblo: ocasión que Novato, considerando oportuna para sus asuntos, se entregó a Noviciano. Por lo tanto, para promover según sus fuerzas la parte de este, consiguió con sus artimañas que fuera ordenado pontífice por tres

obispos, a quienes había convocado para esto como hombres rudos y simples de una pequeña y muy vil parte de Italia; de donde entonces por primera vez comenzó a oírse el nombre de antipapa, desconocido desde la establecida religión de Cristo. Significó su ordenación mediante cartas entregadas y legados enviados a la Iglesia africana y oriental: pero fue repudiada en todas partes.

Mientras tanto, para continuar provocando el odio contra Cornelio, y para granjearse autoridad con cierto barniz de disciplina, enseñaba que la Iglesia carecía de aquella potestad por la cual se perdonara el crimen de los lapsos —a quienes distinguían en Libellaticos, Thurificadores y Apostatas—, aunque de ninguna manera negaba que los mismos debían ser exhortados a las obras de penitencia. Al principio, ciertamente, estos se mantenían dentro de estos límites. Pero cuando fueron presionados acerbamente por Cipriano y otros Padres, quienes demostraban no sin suma injusticia que el perdón que concedían a pecados más atroces, como el homicidio y el adulterio, se negaba solo a los lapsos; finalmente fueron impulsados a sostener que todos los pecados eran igualmente irremisibles. Sin embargo, sus seguidores se avergonzaron de esta locura; pues después no faltaron quienes quisieron que esta sentencia se restringiera solo a los crímenes más graves.

Aquel barniz de severidad agradó a muchos, y en poco tiempo, coalesciendo de estos una secta numerosa, para distinguirse de los orto-

doxos, se arrogaron el vanosísimo nombre de Cathari, es decir, puros. Sócrates tejió un amplio catálogo de obispos de la misma secta con gran alabanza (Lib. IV Hist. cap. 21). Describe también las luchas emprendidas por los profesores de la misma por la divinidad de Cristo, y relata que su constancia en los suplicios fue tan clara que los mismos católicos, inducidos por ella, deseaban asociar sus oraciones con ellos en sus propios templos. Lo cual, ciertamente, tendríamos por menos sospechoso si procediera de un escritor no tan inclinado a esas partes. Diversos concilios proscribieron aquella herejía y prescribieron qué debía observarse en aquellos que regresaran a la Iglesia. Aunque los más eruditos de los Padres afilaron su pluma contra ella, esta, sin embargo, perseveró durante muchísimo tiempo, habiéndose propagado por casi todas las regiones del orbe cristiano.

Ambrosio la encontró en este mismo estado cuando la atacó con estos dos libros (Cap. 1). Primero, comienza muy aptamente con una recomendación de la moderación, que era cierto que se echaba de menos en los novicianos. Luego, afirma la potestad encomendada a la Iglesia de absolver cualesquiera crímenes (Cap. 2), demostrando que Dios está más inclinado a la clemencia que a la severidad (Cap. 3 y 4). Pero después, cuando ha satisfecho la objeción buscada en la inmutabilidad divina (Cap. 5), les insta a su vez acerbamente a partir de diversos testimonios de la Escritura, y especialmente de aquel de que Cristo prometió a Pedro las llaves del cielo (Núm.

32 y 33). A estos une otros momentos tomados de sus principios y costumbres (Cap. 8). Pronto, pasando a otras objeciones (Cap. 9), se detiene principalmente en refutar lo que vendían sobre el pecado para muerte (Cap. 10); y habiendo mostrado que la doctrina ortodoxa es claramente afirmada por Juan el Evangelista (Cap. 11), destruye por completo sus fútiles respuestas (Cap. 12). Finalmente, a partir de la historia del corintio separado por Pablo y luego restituido a las cosas sagradas, deduce un argumento muy sólido para confirmar el dogma católico (Cap. 13 y sigs.).

En el segundo libro (Cap. 1), después de haber enseñado que la penitencia debe hacerse con solicitud y madurez, impugna los dos principales baluartes de los novicianos. El primero (Cap. 2 y 3) se lo suministraban las palabras del Apóstol que afirma que aquellos que habían caído no podían ser renovados para la penitencia: el segundo (Cap. 4), lo tomaban del Evangelio de Juan, donde se dice que el pecado contra el Espíritu Santo no ha de ser perdonado ni en este ni en el futuro siglo. Pero trata y disuelve ambas dificultades con tal fuerza de razones que ha iluminado a casi todos los teólogos posteriores en la resolución de estas, como hemos observado en sus lugares. Prueba, finalmente, que los pecadores son inducidos por ellos a la repetición del bautismo (Cap. 5, núm. 36), para que por su beneficio alcanzaran el perdón que negaban a las obras de la penitencia; mientras que los apóstoles, por el contrario, en ninguna parte dejan de prometernos el perdón de los crímenes. Aprovechando esta ocasión, in-

vita a los cristianos (Cap. 6) a la penitencia, cuyas partes individuales y cualidades pone ante los ojos. Añade que sucederá que Cristo, movido por sus lágrimas y también por las oraciones de la madre Iglesia, se acercará a ellos para obrar la resurrección espiritual, cuya forma menciona que existió en Lázaro (Cap. 7). Confirma su resurrección, así como el convite en el que participó junto con el Señor, propuesto contra los novicianos, empleando de nuevo el ejemplo del perdón con que Pablo agració al corintio. Tras esto, volviendo los ojos hacia sí mismo (Cap. 8, núm. 67 y sigs.), para que se le dé tanto la absolución de sus propios pecados como la conmiseración en los ajenos, ruega a Dios con la mayor sumisión de ánimo posible. Al final, habiendo sacudido los vicios que suelen infiltrarse en torno a la penitencia (Cap. 9 y sigs.), y habiendo mostrado de antemano la precaución que debe observarse al elegir el tiempo para la penitencia pública, concluye el libro.

Además, en cuanto al tiempo de esta obra, nos parece que podemos deducirlo no inconvenientemente de dos lugares comparados entre sí, a saber, de aquellas palabras: sobre la Penitencia escribí ya hace tiempo dos libritos, que se encuentran en la Exposición del salmo XXXVII, la cual hemos mostrado que fue escrita en el año 393 (Núm. 1); y de lo que dice en el lib. II de este comentario: Pecamos también nosotros los mayores (Cap. 8, núm. 74), y especialmente de aquellas palabras anteriores: Yo he emprendido algún trabajo por tu santa Iglesia (Núm. 73). Pues

como en este último lugar no hay duda de que se designa un trabajo público y conocido por todos, debe entenderse sobre la lucha emprendida o contra Justina, la abanderada de los arrianos, o contra Símaco, el defensor de los ídolos. Por lo tanto, consta que se debe asignar algún año intermedio a esta misma obra, tal vez el 384; pues de esa manera sucede que, al llegar el 393, el santo varón pudo decir: Ya hace tiempo escribí.

Estas últimas palabras revelan suficientemente a qué autor debe atribuirse ese comentario: pero el hecho de que en el lib. II diga que fue arrebatado de los tribunales y que emprendió un trabajo por la Iglesia, esto es tan ambrosiano que nos maravilla vehementemente que Pedro Soto (Lib. Inst. Sacerd. de Necess. Confess. Lect. 9) quisiera arrebatar esa obra a nuestro Doctor a causa de aquellos pasajes, por los cuales todos deberían ser persuadidos de que se le debe adscribir. Pero discutiremos sus razones, si son de tanto peso, en su momento. Aquí, sin embargo, añadiremos solo esta cosa: que la sola autoridad de Agustín, citando los mismos libros como verdaderamente de Ambrosio una y otra vez (Lib. de Peccat. orig. cap. 31, lib. II cont. Julian. cap. 3 y 9, y lib. IV contra duas Epist. Pelag. cap. 11), prevalece sobre todas las conjeturas, de las cuales existe un ejemplo en el mencionado teólogo sobre cuánto suelen engañar incluso a los doctos. Pero sin duda Riveto incurrió en mayor culpa (Critic. sac. lib. III, cap. 16), quien, habiendo relatado los argumentos de Soto, calló malignamente los opuestos. No es difícil ver la causa de este silencio en una obra en

la que se promete una censura de libros de esta clase. Pues difícilmente en otro lugar se manifiestan con más claridad la autoridad de perdonar los pecados entregada por Cristo a la Iglesia, la necesidad de confesar los mismos y, finalmente, el mérito de las buenas obras y de las castigos del cuerpo.

LOS DOS LIBROS DE SAN AMBROSIO, OBISPO DE MILÁN, SOBRE LA PENITENCIA. [LIBRO PRIMERO.]

CAPÍTULO PRIMERO.

Elogio de la moderación. Cuán necesaria sea esa virtud para los prefectos de la Iglesia, se demuestra principalmente con el ejemplo de la caridad y mansedumbre del Señor. Por haberse apartado de ella los novicianos, no deben ser considerados como discípulos de Cristo: cuya soberbia e inclemencia se castiga.

1. Si el fin de las virtudes es aquel máximo que mira al provecho de la mayoría, la moderación es casi la más hermosa de todas: la cual ni siquiera ofende a aquellos a quienes condena; y a quienes haya condenado, suele hacerlos dignos de la absolución. Finalmente, es la única que ha propagado la Iglesia buscada con la sangre del Señor, imitadora del beneficio celestial y atemperando con un fin saludable la redención de todos, de modo que los oídos de los hombres puedan soportarlo, las mentes no huir y las almas no pavorizarse.

2. Pues quien se esfuerza por enmendar los vicios de la enfermedad humana, debe sostener

esa misma enfermedad sobre sus hombros y, en cierto modo, sopesarla (Luc. XV, 5), no arrojarla. Pues se lee que aquel pastor evangélico cargó a la oveja cansada, no que la arrojó. Y Salomón dice: No quieras ser demasiado justo (Ecl. VII, 17); pues la moderación debe atemperar la justicia. Pues, ¿cómo se ofrecerá a ser curado por ti aquel a quien tengas fastidio, quien piense que será objeto de desprecio, no de compasión, para su médico?

3. Por eso el Señor Jesús tuvo compasión de nosotros, para llamarnos a sí, no para disuadirnos. Vino manso, vino humilde. Finalmente dice: Venid a mí todos los que trabajáis y estáis cargados, y yo os refrescaré (Mat. XI, 28). Refresca, pues, el Señor Jesús, no excluye ni arroja: y merecidamente eligió a tales discípulos que, como intérpretes de la voluntad del Señor, reunieran al pueblo de Dios, no lo repudiaran. De donde consta que no han de ser tenidos entre los discípulos de Cristo quienes opinan que se deben seguir las cosas duras en lugar de las suaves, las soberbias en lugar de las humildes: y mientras ellos mismos buscan la misericordia del Señor, la deniegan a otros; como son los doctores de los novicianos, que se llaman a sí mismos puros.

4. ¿Qué hay más soberbio que estos, cuando la Escritura dice: que nadie está puro de pecado, ni el infante de un día (Job XIV, 4); y David clama: Límpiame de mi delito (Sal. L, 2)? ¿Son estos más santos que David, de cuya familia eligió Cristo nacer en el misterio de la encarnación, cuya posteridad es el aula celestial, recibiendo al Redentor del mundo en un seno virginal? ¿Y qué hay más

duro que indiquen una penitencia que no relajen, cuando ciertamente, al negar el perdón, quitan el incentivo para la penitencia? Pues nadie puede hacer bien la penitencia, sino quien haya esperado la indulgencia.

CAPÍTULO II.

Lo que dicen los novicianos de que no deniegan la comunión sino a los lapsos, esto no concuerda ni con la Escritura ni con su propia doctrina: pero el hecho de que aleguen reverencia a la potestad divina, con eso mismo son injuriosos para ella; pues infiere injuria quien no quiere ejercer el oficio que se le ha confiado o una parte de él: por lo demás, el derecho de atar y desatar, que no puede ser atribuido a la herejía, es bellamente vindicado por la Iglesia, puesto que ella lo recibió del Espíritu Santo, contra quien estos actúan soberbiamente.

5. Pero niegan que se deba devolver la comunión a estos que cayeron por prevaricación. Si exceptuaran un solo crimen de sacrilegio, al cual negaran el perdón, parecerían ciertamente duros, pero sin embargo se verían refutados solo por sentencias divinas, aunque al menos concordarían con sus propias afirmaciones; pues el Señor no exceptuó ningún crimen, él que perdonó todos los pecados. Pero como piensan que todos los pecados han de ser estimados con medidas iguales según cierto modo de los estoicos, y afirman que tanto aquel que, como dicen, haya asfixiado a un gallo, como aquel que haya asfixiado a su padre, deben ser igualmente apartados de los misterios

celestiales; ¿cómo objetan a los reos de un solo crimen, cuando ellos mismos no pueden negar que es indignísimo que la pena de unos pocos llegue a muchos?

6. [Alias cap. II.] Pero dicen que rinden reverencia al Señor, a quien reservan solo la potestad de remitir los crímenes. Al contrario, a nadie hacen mayor injuria que quienes quieren rescindir sus mandatos y devolver el don confiado. Pues habiendo dicho el mismo Señor Jesús en su Evangelio: Recibid el Espíritu Santo; a quienes remitáis los pecados, les son remitidos: y a quienes se los retengáis, les serán retenidos (Juan XX, 22, 23); ¿quién es, pues, el que más honra, si aquel que obedece a los mandatos o aquel que se resiste?

7. La Iglesia guarda la obediencia en ambos, de modo que tanto ata como relaja el pecado: la herejía es inclemente en uno, desobediente en el otro; quiere atar lo que no resuelva: no quiere soltar lo que ató; en lo cual se condena a sí misma por su propia sentencia. Pues el Señor quiso que hubiera un derecho igual tanto de desatar como de atar, él que permitió ambos con igual condición. Por lo tanto, el que no tiene derecho de desatar, tampoco tiene el de atar. Pues así como según la sentencia del Señor, el que tiene derecho de atar tiene también el de desatar: así la afirmación de estos se estrangula a sí misma; de modo que, porque se niegan a sí mismos el derecho de desatar, deben negarse también el de atar. ¿Cómo, pues, puede ser lícito uno y no lícito el otro? A quienes se les dio ambos, es manifiesto

que o ambos son lícitos, o es cierto que ninguno de los dos es lícito. A la Iglesia le son lícitos ambos, a la herejía no le es lícito ninguno; pues este derecho está permitido solo a los sacerdotes. Rectamente, pues, vindica esto la Iglesia, ella que tiene verdaderos sacerdotes: la herejía no puede vindicarlo, ella que no tiene sacerdotes de Dios. Al no vindicarlo, sin embargo, ella misma se pronuncia sobre sí, que al no tener sacerdotes, no debe vindicar para sí el derecho sacerdotal. Así, por una impudente contumacia, percibimos una vergonzosa confesión.

8. Observa también aquello, puesto que quien recibió el Espíritu Santo, recibió la potestad tanto de desatar el pecado como de atarlo. Pues así está escrito: Recibid el Espíritu Santo; a quienes remitáis los pecados, les son remitidos: y a quienes se los retengáis, les serán retenidos (Juan XX, 22, 23). Por lo tanto, quien no puede desatar el pecado, no tiene el Espíritu Santo. El don del Espíritu Santo es el oficio del sacerdote, pero el derecho del Espíritu Santo está en desatar y atar los crímenes; ¿cómo, pues, vindican su don, de cuyo derecho y potestad desconfían?

9. ¡Qué decir! que son más insolentes. Pues siendo el Espíritu de Dios más pronto a la misericordia que a la severidad; lo que él dice que quiere, ellos no lo quieren: lo que él no quiere, esto lo hacen ellos; siendo propio del juez el vindicar, y del misericordioso el remitir. Más tolerable, pues, Noviciano, remitirías que atarías; pues usurparías lo uno como quien ahorra en la delincuencia,

lo otro lo perdonarías como compadecido de la penuria.

CAPÍTULO III.

A los mismos novicianos que objetan que el perdón es negado por ellos solo para los crímenes más graves, responde el Santo Doctor que con esta sentencia el padre de su secta es de nuevo condenado, y se ofende al mismo Dios, que dio la potestad de remitir cualesquiera pecados: pero que para los delitos mayores también se debe emplear una penitencia mayor. Añade, sin embargo, que ellos se muestran perversos en esto, en que esta clase de distinción de culpas deja la materia de la severidad a Dios: cuya misericordia, que brilla tan admirablemente en la encarnación de Cristo, rehúsan imitar.

10. Pero dicen que ellos, exceptuando los crímenes más graves, relajan el perdón para los más leves. No pensó esto ciertamente el autor de vuestro error, Noviciano, quien pensó que a nadie se le debía dar la penitencia; a saber, con aquella contemplación de que lo que él mismo no pudiera desatar, no lo atara; para que, al atar, no hiciera esperar de él la solución. En eso, pues, condenáis a vuestro padre por vuestra propia sentencia, vosotros que hacéis distinción de pecados que creéis que deben ser desatados por vosotros, y los que juzgáis que no tienen remedio: pero Dios no hace distinción, él que prometió su misericordia a todos y concedió la licencia de relajar a sus sacerdotes sin excepción alguna. Pero quien haya exagerado la culpa, exagere también la penitencia;

pues los crímenes mayores se lavan con mayores lágrimas. Así, ni es aprobado Noviciano, que cerró el perdón a todos: ni vosotros imitadores y condenadores del mismo; porque allí disminuís los estudios de la penitencia donde conviene que aumenten; porque la misericordia de Cristo enseñó que los pecados más graves deben ser sostenidos por mayores apoyos.

11. ¿Pero qué perversidad es esta, que os vindiquéis para vosotros las cosas posibles por concepción: y para Dios, como vosotros mismos decís, reservéis las cosas imposibles? Esto es elegir para sí las causas de perdonar, y dejar a Dios la materia de ensañarse. ¿Y dónde está aquello: Sea Dios veraz, y todo hombre mentiroso, como está escrito: para que seas justificado en tus palabras y venzas cuando seas juzgado (Rom. III, 4)? Para que reconozcamos, pues, que Dios es más indulgente en la misericordia que tenaz en la severidad, él mismo dice: Misericordia quiero, y no sacrificio (Oseas VI, 6). ¿Cómo, pues, puede ser aceptado vuestro sacrificio por Dios, vosotros que negáis la misericordia, cuando él mismo dice que no quiere la muerte del pecador, sino su corrección (Ezeq. XVIII, 32)?

12. De quien el intérprete, el Apóstol, dice: Porque Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado, y por el pecado condenó al pecado en la carne; para que la justificación de la Ley se cumpliera en nosotros (Rom. VIII, 3, 4). No dijo en semejanza de carne; porque Cristo asumió la verdad de la carne humana, no la semejanza: ni dijo en semejanza de pecado; porque no cometió

pecado, sino que fue hecho pecado por nosotros: sino que vino en semejanza de carne de pecado (II Cor. V, 2), esto es, asumió la semejanza de la carne pecadora; por eso la semejanza, porque está escrito: Y es hombre, ¿y quién lo conocerá? (Jer. XVII, 3). Era hombre en la carne según el hombre, que pudiera ser conocido: por la potestad por encima del hombre, que no pudiera ser conocido; así también aquí tiene nuestra carne, pero no tiene los vicios de esta carne.

13. Pues no fue generado, como todo hombre lo es, de la mezcla viril y femenina: sino que, nacido del Espíritu Santo y de la Virgen (Mat. I, 18), había asumido un cuerpo inmaculado, el cual no solo no habían manchado vicios algunos, sino que ni siquiera la injuriosa concreción de la generación o de la concepción había oscurecido (S. Ag. lib. II, cont. Jul. Pelag., al princ. y fin; lib II de Pec. orig., c. 40; y l. IV, contra duas Epist. Pet. c. 11). Pues todos los hombres nacemos bajo el pecado, cuyo mismo origen está en el vicio, como tienes leído por boca de David: He aquí que en iniquidades fui concebido, y en delitos me parió mi madre (Sal. L, 5). Por eso la carne de Pablo era cuerpo de muerte, como él mismo dice: ¿Quién me librará del cuerpo de esta muerte? (Rom. VII, 24). Pero la carne de Cristo condenó al pecado, el cual no sintió al nacer, el cual crucificó al morir; para que en nuestra carne hubiera justificación por la gracia, donde antes hubo polución por la culpa.

14. ¿Qué diremos, pues, a estas cosas, sino lo que dijo el Apóstol: Si Dios está por nosotros, ¿quién contra nosotros? El que no perdonó a

su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros; ¿cómo no nos dio también con él todas las cosas? ¿Quién acusará contra los elegidos de Dios? Dios es el que justifica, ¿quién es el que condena? Cristo es el que murió, más aún, el que también resucitó, el que está a la derecha de Dios, el que también intercede por nosotros (Rom. VIII, 31 y sigs.). Por aquellos, pues, por quienes Cristo intercede, Noviciano los acusa. A quienes Cristo redimió para la salvación, Noviciano los condena a la muerte. A quienes Cristo dice: Tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso (Mat. XI, 29); Noviciano dice: Soy inclemente. A quienes Cristo dice: Encontraréis descanso para vuestras almas; pues mi yugo es suave y mi carga es ligera (Ibíd., 30); a estos Noviciano les impone una pesada carga y un duro yugo.

CAPÍTULO IV.

Prosigue probando la divina misericordia, y muestra que es mayor que la severidad mediante la exposición del testimonio evangélico. En cuanto al que negaron a Cristo ante los hombres, pone de manifiesto con el ejemplo de los atletas que no todos han de ser considerados de la misma manera.

15. Cuán propenso a la misericordia es el Señor Jesús, aunque estas cosas instruyen suficientemente, que te enseñe también él mismo, quien, queriendo instruirnos contra la embestida de la persecución, dijo: No temáis a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma; sino temed más bien a aquel que puede arrojar el alma

y el cuerpo a la Gehena (Mat. X, 28). Y más abajo: Todo aquel, pues, que me confesare ante los hombres, yo también lo confesaré ante mi Padre, que está en los cielos; pero el que me negare ante los hombres, yo también lo negaré ante mi Padre, que está en los cielos (Ibíd., 32, 33).

16. Donde confiesa, confiesa por todos, a todos abraza; donde niega, no niega a todos. Pues así como arriba puso: Todo el que me confesare, yo también lo confesaré, esto es, a todo; era consecuente que abajo también pusiera así: Todo el que me negare. Pero para no parecer que negaba a todos, añadió así: Pero el que me negare ante los hombres, yo también lo negaré. A todos promete la gracia, no a todos amenaza con la injuria. Lo que es de misericordia, lo exagera; lo que es de venganza, lo atenúa.

17. Y así está escrito no solo en aquel libro que se escribe según Mateo del Evangelio del Señor Jesús, sino que también se lee en el que encontramos según Lucas (Luc. XII, 8); para que sepas que ninguno de los dos lo puso ociosamente.

18. [Alias cap. III.] Hemos dicho qué está escrito, recojamos el sentido: Todo aquel, dice, que me confesare (Mat. X, 32), esto es, de cualquier vida, de cualquier estado el que me confesare, me tendrá a mí como remunerador de su confesión. Cuando se dice Todo aquel, ninguno de los que hayan confesado es excluido de la remuneración. No así, todo el que me negare, será negado; pues puede suceder que alguien vencido por los suplicios, niegue a Dios con la palabra y lo adore con el corazón.

19. ¿Acaso es la misma la causa del que niega espontáneamente y la de aquel a quien los tormentos inclinaron al sacrilegio, no la voluntad? ¿Qué indigno, sin embargo, que valiendo ante los hombres la gracia de la lucha, se afirme que no vale ante Dios! Pues a menudo, en esta lucha secular de los atletas, el vulgo de los hombres suele coronar junto con los vencedores incluso a los vencidos cuyas luchas fueron aprobadas; especialmente a los que vio quizás excluidos de la victoria por dolo o fraude. ¿Permitirá Cristo que sus atletas, a los que vio ceder por un momento a graves suplicios, permanezcan sin perdón?

20. ¿Acaso no tendrá en cuenta el trabajo él que incluso a los que arroja, no los arroja para siempre? Pues dice David: No arrojará Dios para siempre (Sal. LXXVI, 8); ¿y contra esto oiremos a la herejía decir: Arroja para siempre? Ni en el fin, dice, cortará su misericordia de generación en generación, u olvidará Dios el tener misericordia (Ibíd. 9, 10), clama el Profeta: ¿y hay quienes introducen ciertos olvidos de la divina misericordia?

CAPÍTULO V.

A la objeción buscada en la inmutabilidad de Dios se responde, presentados los testimonios de la Escritura, por los cuales Dios promete misericordia a los que emergen de su revolcadero de pecado: y se añade que se prepara una indulgencia más propensa para aquellos que delinquieron en cierto modo involuntariamente, lo cual se ilus-

tra con el elegante ejemplo de los capturados en la guerra y por la prosopopeya del mismo diablo.

21. Pero dicen que ellos afirman estas cosas por esta razón, para no parecer que hacen a Dios mudable, si perdonara a aquellos con quienes hubiera estado airado. [Alias cap. IV.] ¿Qué, pues? ¿Repudiaremos los oráculos divinos y seguiremos las opiniones de estos? Pero Dios ha de ser estimado no por las afirmaciones ajenas, sino por sus propias voces. Pues ¿qué marca más pronta de su misericordia podemos dar que el que él mismo, a través del profeta Oseas, a quienes amenazaba como airado, inmediatamente les otorga el perdón como reconciliado? Pues dice: ¿Qué te haré, Efraín, o qué te haré, Judá? Vuestra misericordia, etc. (Oseas VI, 4). Y más abajo: ¿Cómo te estableceré? Como a Adama te haré, y como a Seboim (Oseas XI, 8). En esa misma indignación se detiene como con cierto afecto paternal sobre cómo entregar al castigo al que yerra: aunque el judío lo merezca, Dios sin embargo todavía lo examina consigo mismo. Pero inmediatamente, el que había dicho: Como a Adama te haré, y como a Seboim; ciudades ambas que por la vecindad de los sodomitas contrajeron el consorcio de una ruina pareja: Se ha conmovido, dice, mi corazón en mí mismo, se ha turbado mi arrepentimiento: no obraré según la ira de mi furor (Oseas XI, 8, 9).

22. ¿No aparece que por eso el Señor Jesús se indigna con nosotros cuando pecamos, para convertirnos con el terror de su indignación? Por lo tanto, su indignación no es la ejecución de la venganza, sino más bien la operación de la abso-

lución; pues así dijo: Si convertido gimieras, serás salvo (Isa. XXX, 15). Espera nuestros gemidos, pero temporales, para remitir los perpetuos; espera nuestras lágrimas, para derramar su piedad. Así en el Evangelio, compadecido de las lágrimas de la madre viuda, resucitó a su hijo (Luc. VII, 13). Espera nuestra conversión para volver él mismo también a la gracia; la cual, si ningún desliz se nos deslizara, perseveraría en nosotros; pero porque con nuestros pecados contraemos la ofensa, se indigna para que seamos humillados; somos humillados para que seamos más dignos de la misericordia que de la pena.

23. Que te enseñe ciertamente Jeremías diciendo: Porque no repelerá para siempre el Señor; pues cuando haya humillado, tendrá misericordia según la multitud de su misericordia: él que no humilló de todo su corazón, ni repelió a los hijos de los hombres (Lam. III, 31, 32). Esto ciertamente leemos en las Lamentaciones de Jeremías, y por estas u otras cosas que siguen advertimos que por eso humilla bajo sus pies a todos los cautivos de la tierra, para que declinemos su juicio. Pero ni siquiera de todo su corazón humilla al pecador hasta la tierra, él que también de la tierra levanta al necesitado y del estiércol erige al pobre; pues no humilla de todo su corazón quien se reserva para el perdón.

24. Pero si no humilla de todo su corazón a todo pecador, ¡cuánto más no humilla de todo su corazón a aquel que no pecó de todo su corazón! Pues así como dijo de los judíos: Este pueblo con los labios me honra, pero su corazón está lejos

de mí (Isa. XXIX, 13; Mat. XV, 8); quizás también de algunos lapsos diga: Estos con los labios me negaron, pero con el corazón están conmigo. Los venció la pena, no los apartó la perfidia. Sin causa, sin embargo, algunos niegan el perdón a estos, cuya fe el perseguidor confesó hasta el punto de esforzarse por combatirla con tormentos. Negaron una vez, pero confiesan diariamente; negaron con la palabra, pero confiesan con gemidos, confiesan con alaridos, confiesan con llantos, confiesan con voces libres, no coaccionadas. Cedieron, ciertamente, por un tiempo a la tentación del diablo; pero también el diablo después se retiró de estos, a los que no pudo vindicar para sí. Cedió a sus llantos, cedió a la penitencia: a los que había invadido como ajenos, los perdió como suyos.

25. ¿No es esto tal como si alguien se llevara cautivo al pueblo de una ciudad vencida? Es llevado cautivo, pero contra su voluntad: quien por necesidad luce en tierras ajenas, pero en su afecto íntimo no emigre, lleve consigo la patria en el ánimo, busque la oportunidad de cómo regresar. ¿Qué, pues? Cuando uno de esta clase regresa, ¿hay alguien que persuada de que no debe ser recibido? Con menor honor, ciertamente, pero con estudio más propenso, para que el adversario no tenga de qué insultar. Si perdonas al armado, que pudo luchar, ¿no perdonas a aquel en quien solo la fe luchaba?

26. Si pidiéramos la opinión del mismo diablo sobre tales lapsos, ¿no parece decir: Este pueblo con los labios me honra, pero su corazón está lejos de mí? Pues ¿cómo está conmigo el que

no se aparta de Cristo? Sin causa, sin embargo, parecen adorarme los que guardan la doctrina de Jesús; pero yo pensaba que enseñaban la mía. Condenan más cuando desertan de lo descubierto. Ciertamente Jesús se gloria más en estos, cuando recibe a los que vuelven. Exultan todos los ángeles, porque hay mayor gozo en el cielo por un solo pecador que hace penitencia, que por noventa y nueve justos que no necesitan penitencia (Luc. XV, 7). Sobre mí en el cielo, sobre mí en la tierra se toma el triunfo. Nada se le pierde a Cristo cuando estos, que habían venido a mí con llanto, vuelven con deseo a la Iglesia; y por el ejemplo de estos también yo peligró respecto a los míos, que habrán aprendido que nada hay aquí, donde los hombres son provocados por los premios presentes, y muchísimo allá, donde los gemidos, las lágrimas y los ayunos son preferidos a mis banquetes.

CAPÍTULO VI.

Los novicianos, mientras excluyen a los pecadores del convite de Cristo, no son imitadores del piadoso samaritano, sino del soberbio legista, así como del sacerdote y del levita que son reprendidos en el Evangelio, más aún, incluso son más inclementes que ellos mismos.

27. [Alias cap. V.] ¿A estos, pues, novicianos, los excluís? Pues ¿qué otra cosa es excluir, sino denegar la esperanza del perdón? Pero ni el samaritano pasó de largo ante aquel medio muerto dejado por los ladrones: y curó sus heridas con aceite y vino, infundiendo primero el aceite con

que las fomentara: puso al herido sobre su propio jumento, en el cual cargó con todos sus pecados (Luc. X, 33, 34); ni el pastor despreció a la oveja errante (Luc. XV, 4).

28. Vosotros, en cambio, decís: No me toques. Vosotros decís, queriendo justificaros a vosotros mismos: No es nuestro prójimo, siendo más soberbios que aquel legista que deseaba tentar a Cristo; pues aquel dijo: ¿Quién es mi prójimo? (Luc. X, 29). Aquel interroga, vosotros lo negáis; tal como aquel sacerdote que bajaba y tal como el levita que pasaba de largo, al cual debisteis acoger para ser curado, no recibéndolo en vuestro hospedaje, por quien Cristo pagó dos monedas, de quien Cristo te manda que te hagas prójimo para que hagas con él misericordia. Pues él mismo es el prójimo, a quien no solo una naturaleza conforme ha unido, sino también la misericordia ha acoplado. De él te haces ajeno por la soberbia, ensalzándote en vano, hinchado por la mente de tu carne y no asido a la cabeza. Pues si estuvieras asido a la cabeza, advertirías que no debe ser abandonado por ti aquel por quien Cristo murió. Si estuvieras asido a la cabeza, advertirías que todo el cuerpo, compactándose más bien que disolviéndose, crece para el aumento de Dios por el vínculo de la caridad y la redención del pecador.

Cuando, por lo tanto, quitáis todo fruto de la penitencia, ¿qué otra cosa decís sino esto: Ninguno de los heridos entre en nuestro hospedaje, ninguno sea sanado en nuestra Iglesia? Entre nosotros no se cura a los enfermos: estamos sanos, no tenemos necesidad de médico; porque

él mismo dice: No tienen necesidad de médico los sanos, sino los que están mal (Mat. IX, 12).

CAPÍTULO VII.

Habiendo suplicado a Cristo que invite a todos a su cena, significa que los novicianos ni entran ellos mismos en ella, ni permiten a otros la entrada, lo cual la santa Iglesia no imita. Luego pone de manifiesto que los mismos herejes no pueden tener parte con Cristo, quien desea que todos se salven.

30. Por lo tanto, Señor Jesús, ven totalmente a tu Iglesia, ya que Novaciano presenta excusas. Novaciano dice: He comprado yuntas de bueyes (Luc. XIV, 19), él que no acepta el yugo suave de Cristo, e impone una carga pesada sobre su propio cuello, que no puede llevar. Novaciano retuvo a tus siervos por quienes era invitado, y los mató tras haber sido afectados por la contumelia —a aquellos a quienes manchó con la mancha del bautismo repetido. Envía, pues, a las salidas de los caminos, y recoge a buenos y malos (Luc. XIV, 21): e introduce en tu Iglesia a los débiles, y a los ciegos, y a los cojos. Manda que se llene tu casa: introduce a todos a tu cena; porque a quien tú hubieres llamado, lo harás digno, si te sigue. Ciertamente es rechazado aquel que no hubiere tenido vestido nupcial, esto es, el manto de la caridad, el velo de la gracia. Envía, digo, a todos.

31. Tu Iglesia no se excusa de tu cena, Novaciano se excusa. Tu familia no dice: Estoy sana, no requiero médico; sino que dice: Sáname, Señor, y seré sanado: sálvame, y seré salvado (Jerem. XVII,

14). Finalmente, la apariencia de tu Iglesia está en aquella que se acercó por detrás y tocó la orla de tu vestidura, diciendo dentro de sí: Porque si tocare su vestidura, seré salva (Mat. IX, 21). Esta Iglesia, pues, confiesa sus heridas, esta desea ser curada.

32. Y tú ciertamente, Señor, deseas sanar a todos, pero no todos quieren ser curados. No quiere Novaciano, que se piensa estar sano. Tú, Señor, dices que estás enfermo, y en el más pequeño sientes nuestra debilidad, diciendo: Estuve enfermo, y me visitasteis (Mat. XXV, 36): Novaciano no sabe visitar a aquel más pequeño, en quien tú deseas ser visitado. Tú dices a Pedro, que se excusaba para que no le lavaras los pies: Si no te lavare los pies, no tendrás parte conmigo (Juan XIII, 8). ¿Qué consorcio, pues, pueden tener estos contigo, que no reciben las llaves del reino, negando que deban perdonar los pecados?

33. Lo cual ciertamente confiesan rectamente de sí mismos; pues no tienen la herencia de Pedro quienes no tienen la sede de Pedro, la cual desgarran con impía división: pero esto lo hacen perversamente, porque niegan que incluso en la Iglesia se puedan perdonar los pecados, cuando se le dijo a Pedro: A ti te daré las llaves del reino de los cielos, y todo lo que atares sobre la tierra será atado también en el cielo: y todo lo que desatares sobre la tierra será desatado también en los cielos (Mat. XVI, 19); cuando también el mismo vaso de elección divina dice: Mas si a alguien algo habéis perdonado, yo también; pues también yo lo que perdoné, por vosotros en la persona de Cristo (II

Cor. II, 10). ¿Por qué, pues, leen a Pablo, si pensaban que él había errado tan impiamente que se atribuía para sí el derecho de su Señor? Pero él reivindicó lo recibido, no usurpó lo indebido.

CAPÍTULO VIII.

Cuan grandes cosas confirió Cristo a sus discípulos. Que los novicianos son refutados por sí mismos mientras imponen las manos y confieren el bautismo; puesto que por la misma autoridad se perdonan los pecados en la penitencia que en el bautismo. Al final se castiga especialmente su hinchazón de orgullo con el ejemplo del Señor.

34. El Señor quiere que sus discípulos puedan muchísimo, quiere que por sus siervos se hagan en su nombre aquellas cosas que él mismo hacía estando puesto en la tierra (Juan XIV, 12). Finalmente dice: Y mayores que estas haréis (Mat. X, 8). Dio que resucitaran a los muertos. Y cuando él mismo podía haber devuelto el uso de la vista a Saulo, sin embargo lo envió a Ananías su discípulo; para que por su bendición se le restituyeran a Saulo los ojos que había perdido (Hechos IX, 7). También mandó a Pedro caminar con él en el mar, y porque vaciló, lo reprendió al punto, por el hecho de que había disminuido la gracia del don por la pequeñez de su fe (Mat. XIV, 29). Dio también a los discípulos que fueran la luz del mundo por la gracia (Mat. V, 14), quien era él mismo la luz del mundo. Y porque estaba para descender del cielo, y para ascender al cielo, levantó a Elías al cielo (IV Reyes II, 11), para de allí devolverlo a la tierra en el tiempo que le pluguiera. También estando para

bautizar en el Espíritu Santo y fuego (Mat. III, 11), envió delante los sacramentos del bautismo por medio de Juan.

35. Finalmente dio todas las cosas a sus discípulos, de quienes dice: En mi nombre echarán demonios, hablarán nuevas lenguas, tomarán serpientes; y si bebieren algo mortífero, no les dañará: sobre los enfermos impondrán las manos, y se pondrán bien (Mar. XVI, 17, 18). Dio, pues, todas las cosas, pero en estas no hay ningún poder del hombre, donde florece la gracia del don divino.

36. ¿Por qué, pues, imponéis las manos, y creéis que es obra de bendición, si acaso algún enfermo convaleciere? ¿Por qué presumís que algunos pueden ser limpiados de la inmundicia del diablo por medio de vosotros? ¿Por qué bautizáis, si por el hombre no es lícito que se perdonen los pecados? En el bautismo ciertamente está la remisión de todos los pecados: ¿qué importa si por la penitencia, o por el lavacro, los sacerdotes reivindicán para sí este derecho dado? El misterio en ambos es uno.

37. Pero dices que en el lavacro opera la gracia de los misterios. ¿Qué en la penitencia? ¿No opera el nombre de Dios? ¿Qué, pues? ¿Donde queréis, reivindicáis para vosotros la gracia de Dios: donde queréis, la repudiáis? Pero esto es de insolente arrogancia, no de santo temor; que os sean de asco quienes quieren hacer penitencia. Ciertamente no podéis soportar las lágrimas de los que lloran. No soportan vuestros ojos la vileza de sus vestiduras, la suciedad de los manchados,

oh delicados míos de ojo soberbio y corazón hinchado, diciendo cada uno con voz indignada: No me toquéis, porque soy puro.

38. El Señor ciertamente dice a María Magdalena: No me toques (Juan XX, 17); pero no dijo: porque soy puro, quien era puro: ¿tú te atreves, Novaciano, a decirte puro, que aunque fueras puro en tus obras, por esta sola palabra te harías impuro? ¡Isaías dice: Oh miserable de mí, y compungido de corazón; porque siendo hombre, y teniendo labios impuros, habito también en medio de un pueblo que tiene labios impuros (Isai. VI, 5)! ¿y tú dices, soy puro, cuando no es puro, como está escrito, ni el niño de un día (Job XIV, 4)? David dice: Y de mi pecado límpiame (Sal. L, 4), a quien ciertamente a menudo justificó la gracia del Señor misericordioso: ¿tú eres puro, siendo tan injusto que no te compadeces; que ves la paja en el ojo de tu hermano, pero no consideras la viga que está en tu propio ojo (Mat. VII, 3)? Pues impuro es ante Dios todo inicuo. ¿Qué hay más injusto que quieras que se te perdonen tus pecados, cuando tú mismo no piensas que deban perdonarse al que te lo ruega? ¿Qué hay más injusto que te justifiques en aquello por lo que condenas a otro; cometiendo tú cosas más graves?

39. Finalmente, estando para celebrar la remisión de nuestros pecados, el Señor Jesús, a Juan que le decía: ¡Yo debo ser bautizado por ti, y tú vienes a mí! respondió: Deja ahora; pues así nos conviene cumplir toda justicia (Mat. III, 14, 15). Y el Señor ciertamente vino al pecador, cuando él

mismo no tenía pecado; y quiso ser bautizado, para quien no era necesario ser limpiado: ¿quién os soportará a vosotros, que pensáis que no tenéis necesidad de ser limpiados por la penitencia; porque decís que habéis sido limpiados por la gracia, como si ya os fuera imposible pecar?

CAPÍTULO IX.

Por las palabras de la Escritura: "Si un hombre pecare contra el Señor, ¿quién orará por él?", se muestra por la colación de lugares similares que no se significa que nadie pedirá, sino que se debe buscar un intercesor digno, tales como fueron Moisés y Jeremías, por cuyas oraciones se lee que Dios perdonó al pueblo israelita.

40. Pero decís: Está escrito: Si un hombre pecare contra un hombre, orarán por él al Señor; pero si un hombre pecare contra el Señor, ¿quién orará por él (I Sam. II, 25)? Primero, como ya he dicho arriba, entonces te permitiría objetar esas cosas, si no negaras la penitencia solo a los prevaricadores. Sin embargo, ¿qué escrúpulo trae esa cuestión? Pues no está escrito: Nadie orará por él; sino: "¿Quién orará?", esto es, se pregunta quién sea aquel que en tal causa pueda orar, no se excluye.

41. Finalmente tienes en el salmo catorce: Señor, ¿quién habitará en tu tabernáculo, o quién descansará en su monte santo (Sal. XIV, 1)? Pues no nadie, sino el aprobado habitará; ni dice esto porque nadie descansa, sino que descansa el elegido. Para que sepas que esto es verdad, no mucho después en el salmo veintitrés dice: ¿Quién

subirá al monte del Señor, o quién estará en su lugar santo (Sal. XXIII, 3)? esto es, no cualquiera del vulgo, ni alguien de plebeya vileza; sino de vida egregia y de singular mérito. Y para que sepas que cuando se dice "quién", no se entiende nadie, sino que se significa alguien, cuando había dicho: ¿Quién subirá al monte del Señor?, añadió: Inocente de manos y puro de corazón, que no recibe en vano su alma (Ibíd., 4). Y en otro lugar: ¿Quién es sabio y entenderá esto (Oseas XIV, 10)? ¿Acaso dice que nadie lo entenderá? Y en el Evangelio: ¿Quién es el administrador fiel y prudente, a quien el Señor pondrá sobre su familia, para que les dé a su tiempo la medida de trigo (Luc. XII, 42)? Y para que comprendas que habló de aquel que ciertamente es, no de aquel que no es, añadió: Bienaventurado aquel siervo a quien, cuando venga el Señor, lo halle haciendo así (Ibíd., 43). Y aquello también pienso que fue dicho así: Dios, ¿quién es semejante a ti (Sal. LXXXII, 1)? ciertamente no nadie; porque el Hijo es la imagen del Padre.

42. De igual manera, pues, debe aceptarse: "¿Quién orará por él?" (I Sam. II, 25); esto es, alguien de vida singular debe orar por aquel que pecó contra el Señor. Cuanto mayor es la culpa, tanto mayores sufragios deben buscarse. Pues no cualquiera del vulgo oró por el pueblo de los judíos, sino que Moisés oró, cuando olvidados de la fe adoraron la cabeza de un becerro (Éx. XXXII, 31). ¿Acaso erró Moisés? Y sin embargo no erró, quien lo que pidió, tanto lo mereció como lo obtuvo. Pues ¿qué no obtendría tal afecto, cuando

se ofreció por el pueblo, diciendo: Y ahora, si les perdonas su pecado, perdónalo; si no, bórrame del libro de la vida (Ibíd., 32)? Ves que no como un intercesor delicado y lleno de asco consulta por sí mismo, para no contraer una ofensa, lo cual Novaciano dice que teme; sino más bien acordándose de todos, olvidándose de sí mismo, no temía ofender él mismo para despojar y liberar al pueblo del peligro de la ofensa.

43. Con razón, pues, está escrito: "¿Quién orará por él?", esto es, tal como Moisés, que se ofrece por los pecadores; tal como Jeremías, a cuyo profeta, habiéndole sido dicho por el Señor nuestro Dios: No ores por este pueblo (Jer. VII, 16), sin embargo oró y mereció el perdón. Finalmente, inclinado por la intercesión profética y la súplica de tan gran vate, el Señor dice a Jerusalén, puesto que ella también había hecho penitencia por sus delitos, diciendo: Señor omnipotente, Dios de Israel, el alma en angustias y el espíritu ansioso clama a ti: oye, Señor, y ten misericordia (Baruc III, 1, 2). Y manda deponer las vestiduras de luto y desechar los gemidos de la penitencia; pues así está escrito al final del libro: Despójate, Jerusalén, de la estola de tu luto y de tu aflicción, y vístete de la hermosura de aquella gloria que te ha sido dada por Dios para siempre (Baruc V, 1).

CAPÍTULO X.

Que Juan no prohibió absoluta y simplemente que se hiciera oración por los culpables de "pecado para muerte"; siendo que no ignoró que Moisés, Jeremías y Esteban oraron por personas

similares; y él mismo también significó que no se debía negar el perdón a los mismos.

44. Tales intercesores, por lo tanto, deben buscarse en los delitos mayores; pues si cualquiera del pueblo orara, no son escuchados.

45. De donde ni aquella vuestra cuestión podrá aportar ningún peso, la cual tomáis de la epístola de Juan diciendo: El que sabe que su hermano peca un pecado no para muerte, pida, y Dios le dará vida; porque no peca para muerte. Hay pecado para muerte, no de aquel digo que ore (I Juan V, 16); pues no hablaba a Moisés y Jeremías, sino al pueblo, que debería emplear a otro intercesor para sus pecados: para quien es suficiente si ruega a Dios por los delitos más leves, y piense que el perdón de los más graves ha de reservarse para las oraciones de los justos. Pues ¿cómo diría Juan que no se debe orar por un delito más grave, quien habría leído que Moisés pidió y obtuvo; donde hubo una prevaricación voluntaria: quien sabía que también Jeremías pidió (Jer. XIV, 13)?

46. ¿Cómo diría Juan que no se debe orar por el pecado que fuera para muerte, quien él mismo en el Apocalipsis escribió un mandato al Ángel de la Iglesia de Pérgamo (Apoc. II, 12)? Tienes allí a los que sostienen la doctrina de Balaam, que enseñaba a Balac a poner escándalo ante los hijos de Israel, a comer de lo sacrificado y a fornicar; así también tú tienes a los que sostienen la doctrina de los nicolaítas, de igual manera haz penitencia: de lo contrario vengo a ti pronto. ¡Ves que Dios, que exige penitencia, promete el perdón! Final-

mente también allí dice: El que tiene oídos, oiga lo que el Espíritu dice a las Iglesias: Al que venciere le daré a comer del maná escondido (Apoc. II, 7).

47. ¿Acaso el mismo Juan no había conocido que Esteban intercedió por sus perseguidores, que no podían soportar oír el nombre de Cristo; cuando dijo de aquellos por quienes era apedreado: Señor, no les imputes este pecado (Hechos VII, 59)? El efecto de cuya oración vemos en el Apóstol; pues Pablo, que guardaba las vestiduras de los que apedreaban a Esteban (Hechos IX, 15), no mucho después por la gracia de Cristo fue hecho apóstol, quien antes había sido perseguidor.

CAPÍTULO XI.

La anterior sentencia de Juan se ilustra con otro testimonio del mismo, por el cual se promete la salvación a los que creen en Cristo. De donde se arguye a los novicianos como quienes persuaden a los lapsos a la fe, a quienes niegan el perdón. Se añade que muchos de los mártires tras una caída consiguieron una doble gracia; y también por el ejemplo del piadoso samaritano se declara que aquellos en quienes respira aun la más tenue fe no deben ser abandonados.

48. Por lo tanto, puesto que se trata de la epístola general de Juan, interroguemos las cosas escritas por el mismo Juan en el Evangelio, si concuerdan con vuestra interpretación. Pues escribe que el Señor dijo: Porque de tal manera amó Dios a este mundo, que dio a su Hijo unigénito; para que todo aquel que cree en él no perezca, sino que

tenga vida eterna (Juan III, 16). Si, pues, deseas revocar a algún lapso; ¿lo exhortas a que crea, o a que no crea? Ciertamente a que crea. Pero el que cree según la sentencia del Señor, tendrá vida eterna. ¿Cómo, pues, prohibirás orar por aquel a quien se le debe la vida eterna? siendo la fe de gracia divina, como el Apóstol enseña en las divisiones de las gracias, porque a otro se le da la fe en el mismo Espíritu (I Cor. XII, 9); y los discípulos dicen al Señor: Auméntanos la fe (Luc. XVII, 5). El que, pues, tiene fe, tiene vida: el que tiene vida, no está ciertamente excluido del perdón. "Todo aquel", dice, "que cree en él, no perezca". Cuando se dice "todo aquel", nadie es excluido, nadie es exceptuado; pues no exceptúa a aquel que es lapso, si sin embargo después cree bien.

49. Hemos hallado a muchísimos que se han reformado de nuevo tras la caída, y han padecido por el nombre de Dios: ¿podemos negar a estos el consorcio de los mártires, a quienes el Señor Jesús no se lo negó? ¿Nos atrevemos, pues, a decir que no les ha sido devuelta la vida a estos, a quienes Cristo les devolvió la corona? Así como, pues, tras la caída a la mayoría, si padecen, se les devuelve la corona; así, si creen, también se les devuelve la fe. La cual fe es don de Dios; como tienes escrito: Porque a vosotros os es dado por Dios, no solo que creáis en él, sino también que por él padezcáis (Filip. I, 29). ¿Acaso aquel que tiene el don de Dios puede no tener indulgencia?

50. Pero no es una sola, sino doble gracia, que todo aquel que cree, también padezca por el Señor Jesús. Tiene, pues, el que cree su propia

gracia: pero tiene otra, si su fe es coronada por las pasiones. Pues tampoco antes de que padeciera Pedro, estuvo sin gracia: pero cuando padeció, adquirió la otra. Y la mayoría que no tuvieron gracia para padecer por Jesús; tuvieron, sin embargo, gracia para creer en Jesús.

51. Por eso se dice: Para que todo aquel que cree en él no perezca (Juan XX, 31). "Todo aquel", dice, esto es, de cualquier estado, de cualquier caída, si cree, no tema perecer. Pues puede suceder que a alguien que desciende de Jerusalén a Jericó (Luc. X, 33), esto es, del certamen del martirio habiendo recaído en el deseo de esta vida y en la gracia secular, herido por los ladrones, esto es, por los perseguidores, y dejado medio vivo, lo encuentre aquel Samaritano evangélico, que es el guardián de nuestras almas (pues Samaritano se dice guardián), y no pase de largo ante él, sino que lo cuide y lo sane.

52. Quizás por eso no pasa de largo ante él, porque reconoce algo vital en él; de donde aquel pueda retomar la vida. ¿No os parece que aquel que es lapso está medio vivo, si la fe respira algo vital? Pues el que arroja totalmente a Dios de su corazón, ese está muerto. El que, pues, no lo arroja totalmente, sino que por la impresión de los tormentos por un tiempo lo negó, está medio vivo. O si está muerto, ¿por qué le decís que ha de hacer penitencia, el que ya no puede ser curado? Si está medio vivo, infunde aceite y vino, no vino sin aceite, a saber, lo que tanto fomenta como remuerda. Llévalo sobre tu cabalgadura, entrégalo al posadero, gasta dos monedas para su cuidado,

sé su prójimo (Ibíd., 34, 35). Pero no puedes ser prójimo a menos que hagas misericordia; pues nadie puede ser llamado prójimo sino aquel que hubiere curado, no matado. Si, pues, quieres ser llamado prójimo, te dice Cristo: Ve, y haz tú lo mismo (Ibíd., 37).

CAPÍTULO XII.

A los lugares del Evangelio de Juan ya citados se añade otro de la misma procedencia. Luego se responde fácilmente a los que objetan la necesidad de guardar los mandatos de Dios, que se promete la vida no solo a aquel que siempre, sino también a aquel que después de la caída los hubiere guardado. Lo cual, una vez comprobado por David, se declara sin embargo que hay una cierta diferencia entre ambos.

53. Consideremos otro caso similar: El que cree en el Hijo tiene vida eterna; pero el que no cree al Hijo, no verá la vida, sino que la ira de Dios permanece sobre él (Juan III, 16). Lo que permanece ciertamente ya comenzó, y comenzó por algún delito; porque antes no creyó. Donde, pues, alguien cree, la ira de Dios se aparta, pero la vida se acerca (Ibíd., 36). Creer, pues, en Cristo es el lucro de la vida; pues el que cree en él no es juzgado.

54. Pero relatan en este lugar que el que cree en Cristo debe custodiar su palabra; pues así dicen que está escrito, diciendo el Señor: Yo luz al mundo he venido, para que todo aquel que cree en mí no permanezca en tinieblas; y si alguien oyere mi palabra y la custodiare, yo no lo juzgo

(Juan XII, 46, 47). Él no juzga, ¿y tú juzgas? Él dice: Para que el que cree en mí no permanezca en tinieblas, esto es, y si hubiere estado en tinieblas, no permanezca en ellas, emmiende el error, corrija la culpa, custodie mis mandatos; pues dije: No quiero la muerte del pecador, sino su corrección (Ezeq. XXXIII, 11). Dije arriba: Que el que en mí cree no es juzgado; y esto lo mantengo: Porque no vine para juzgar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por mí (Juan III, 17). De buena gana perdono, prontamente indulgo: Misericordia quiero, que no sacrificio (Oseas VI, 6); porque por el sacrificio el justo es encomendado, por la misericordia el pecador es redimido. No vine a llamar a los justos, sino a los pecadores (Mat. IX, 13). En la Ley está el sacrificio, en el Evangelio la misericordia: La Ley por Moisés fue dada, por mí la gracia (Juan I, 17). ¿Qué más evidente que esto?

55. Finalmente también abajo dice: El que me desprecia y no recibe mis palabras, tiene quien lo juzgue (Juan XII, 48). ¿Acaso te parece que recibe las palabras de Cristo quien no se hubiere corregido? Ciertamente no lo parece. El que, pues, se corrige, recibe su palabra, pues esta es su palabra: que cada uno se revoque de la culpa. O es necesario, pues, que excluyas esta su sentencia, o si no puedes negarla, que asientas.

56. Conviene que también custodie los mandatos del Señor el que deje de pecar, renuncie a los delitos. No debes, pues, interpretar el dicho sobre aquel que siempre los hubiere custodiado; pues si hubiera sentido esto, habría añadido: siempre; pero al no añadirlo, se pronunció sobre

aquel que lo que oyó, lo custodió: pero oyó que corrigiera el error; custodió, pues, lo que oyó.

57. Cuán duro sea en verdad que sea llamado a la pena perpetua el que incluso después custodía los mandatos del Señor, que él mismo te lo enseñe, quien incluso a los que no custodian sus mandatos no les negó el perdón, como tienes en el cuerpo del salmo: Si profanaren mis justicias y no custodiaren mis mandatos, visitaré con vara sus iniquidades y con azotes sus delitos; pero mi misericordia no la dispersaré de ellos (Sal. LXXXVIII, 32, 33). A todos, pues, promete misericordia.

58. Pero para que no penséis que esta misericordia es sin juicio, hay distinción entre los que hubieren rendido obediencia perpetua a los mandatos celestiales, y entre los que alguna vez, o por error o por necesidad, hubieren caído. Y para que no pienses que eres circunscrito por nuestro argumento, recibe el juicio de Cristo; pues en verdad dice: Si el siervo sabiendo la voluntad de su señor no la hizo, recibirá muchos azotes; pero si no la supo, recibirá pocos (Luc. XII, 47, 48). Ambos, pues, si creen, son recibidos, porque Dios castiga a todo hijo que recibe (Heb. XII, 6); y a quien castiga, ciertamente no lo entrega a la muerte; porque está escrito: Castigando me castigó el Señor, y a la muerte no me entregó (Sal. CXVII, 18).

CAPÍTULO XIII.

Que los que han cometido "pecado para muerte" no deben ser abandonados, sino que han de ser sometidos a la penitencia, se enseña a partir

de Pablo. Qué sea el "ser entregado a Satanás para la destrucción de la carne", y cuán deseable sea esto. Que Satanás trae debilidades sobre el cuerpo, pero que estas se convierten en utilidad para el espíritu; de donde brilla la gran potencia de Dios, por la cual lo obliga, aun contra su voluntad, a dañarse a sí mismo y a provecharnos a nosotros.

59. Finalmente Pablo enseña que no deben ser abandonados los que han cometido pecado para muerte, sino más bien han de ser contenidos con panes de lágrimas y con bebida de llanto; de tal manera, sin embargo, que la misma tristeza fuera moderada. Pues esto significa: Bebida les darás en lágrimas en medida (Sal. LXXIX, 6); para que la misma tristeza tenga medida, no sea que por ventura por una tristeza más abundante sea absorbido el que hace penitencia (II Cor. II, 5 y ss.), como escribió a los corintios: ¿Qué queréis? ¿En vara iré a vosotros, o en caridad y espíritu de mansedumbre (I Cor. IV, 21)? Pero ni la vara es pesada, puesto que había leído: Tú ciertamente lo herirás con la vara, pero librarás su alma de la muerte (Prov. XXIII, 14).

60. Qué fuera el venir en vara, lo muestran la invectiva de la fornicación, la acusación de incesto, la reprensión de la hinchazón, porque estaban inflados los que más bien deberían llorar; por último la condenación del reo, para que fuera quitado del consorcio de la comunión y fuera entregado al adversario, no para la destrucción del alma, sino de la carne (I Cor. V, 1 y ss.). Pues así como el Señor no dio potestad sobre el alma del santo Job, sino que permitió licencia contra su

carne (Job II, 6); así también aquí es entregado a Satanás para la destrucción de la carne, para que la serpiente lamiera su tierra, pero no dañara su alma (Miq. VII, 17).

61. Muera, pues, nuestra carne a los deseos, sea cautiva, sea súbdita, ni repugne a la ley de nuestra mente, sino que sujeta a una buena servidumbre muera; como en Pablo, que castigaba su cuerpo (I Cor. IX, 27) para reducirlo a servidumbre; por lo cual su predicación se haría más probable si la ley de su carne congruiera y conviniera con la ley de su mente. Pues parece la carne cuando su sabiduría pasa al espíritu; para que ya no saboree las cosas que son de la carne, sino las que son del espíritu. ¡Ojalá vea debilitarse mi carne! ¡ojalá no sea llevado cautivo a la ley del pecado! ¡ojalá no viva en la carne, sino en la fe de Cristo (Rom. VII, 23)! Y por eso es mayor la gracia en la enfermedad del cuerpo que en la salud. Finalmente también a Pablo, a quien amó mucho (Gál. II, 20), no lo quiso librar de la enfermedad de la carne, a quien pidiendo que se apartara de él la enfermedad, respondió: Te basta mi gracia; pues la virtud en la enfermedad se perfecciona (I Cor. XII, 8, 9). Y Pablo se complace más en sus enfermedades, diciendo: Cuando soy débil, entonces soy poderoso (Ibíd., 10); pues se consuma en las enfermedades de la carne la fortaleza del alma.

62. Hemos explicado la sentencia de Pablo; ahora consideremos las palabras mismas, por qué razón dijo que lo entregó a Satanás para la destrucción de la carne; porque nuestro tentador es el diablo. Pues trae debilidades a cada uno

de los miembros, y suele mover enfermedades a todo el cuerpo. Finalmente hirió al santo Job con una úlcera maligna desde los pies hasta la cabeza, porque había recibido en su potestad la destrucción de su carne, diciendo Dios: He aquí, te lo entrego, solamente guarda su alma (Job II, 6). Esto el Apóstol lo trasladó con las mismas palabras; diciendo que entregó a tal hombre a Satanás para la destrucción de la carne, para que el espíritu sea salvo en el día de nuestro Señor Jesucristo (I Cor. V, 5).

63. Gran potencia, gran gracia, que manda al diablo que se destruya a sí mismo. Pues se destruye a sí mismo cuando al hombre a quien tentando se esfuerza por suplantar, lo hace más fuerte de lo que era débil; porque mientras debilita la carne, corrobora su mente. Pues la enfermedad de la carne repele el pecado; pero la lujuria de la carne alimenta la culpa.

64. Se burla, pues, del diablo, para que él mismo se hiera con su mordedura y arme contra sí a quien pensó que debía ser debilitado. Así también amó más al santo Job después de que lo hirió; quien, bañado todo su cuerpo de horrendas úlceras, ciertamente sufrió la mordedura del diablo, pero no sintió los venenos. Y por eso bien se le dijo: Sacarás al dragón con el anzuelo, te burlarás de él como de un ave; lo atarás como a un pájaro, niño, poniendo sobre él tu mano (Job XL, 24).

65. Ves de qué manera es burlado por Pablo, para que en su caverna, como aquel niño profético (Isai. XI, 8, 9), meta la mano, y en nada le dañe la serpiente, lo saque de sus escondrijos, haga de

su veneno un antídoto espiritual; para que lo que es veneno, se haga medicamento: es veneno para la destrucción de la carne, se hace medicamento para la salvación del espíritu. Pues lo que daña al cuerpo, ayuda al espíritu.

66. Coma, pues, mi tierra la serpiente, clave el diente en mi carne, triture mi cuerpo, diga el Señor también de mí: Te lo entrego, solamente guarda su alma (Job II, 6). Cuánta fuerza la de Cristo, que se mande la custodia del hombre incluso al mismo diablo, que siempre quiere dañar. Propiciémonos, pues, al Señor Jesús: mandando Cristo, incluso el mismo diablo se hace custodio de su presa, o aun de mala gana obedece a los mandatos celestiales; y aunque es cruel, sin embargo se somete a imperios mansos.

67. Pero ¿por qué encomiendo yo su obediencia? Sea aquel siempre malo, para que sea bueno Dios siempre, quien convierte su malicia en gracia para nosotros. Quiere dañar aquel, pero no puede, si Cristo se opone: llagas hace en la carne, pero guarda el alma; devora la tierra, pero reserva el espíritu. Finalmente está escrito: Entonces los lobos y los corderos pacerán juntos; el león y el buey comerán paja, pero la serpiente tierra como pan; y no dañarán, ni devastarán en mi monte santo, dice el Señor (Isai. XI, 6 y ss.). Pues esta es la sentencia de la serpiente condenada: La tierra será tu alimento (Gén. III, 14). ¿Qué tierra? Aquella ciertamente de la que se dijo: Tierra eres, y a la tierra irás (Ibíd., 19).

CAPÍTULO XIV.

Que lo que arriba dijo Ambrosio, que la carne entregada a la destrucción de Satanás es comida por la serpiente, enseña que esto sucede finalmente si el alma es librada de los deseos carnales. Por lo cual prescribe muchas cosas necesarias para la custodia de los ojos y de la mente; las cuales confirma con el ejemplo del castísimo José; luego, habiendo exhortado a todos a declinar las redes por las que somos arrastrados al fuego del placer, persuade de que no temamos que nuestra carne sea comida por la serpiente.

68. Esta tierra come la serpiente, si nos es propicio el Señor Jesús, para que el alma no se compadezca de la debilidad de la carne, no se encienda con el vapor de la carne y el calor de los miembros. Mejor es casarse que quemarse (I Cor. VII, 9); pues hay una llama que quema por dentro (Prov. VI, 27). De donde no liguemos este fuego en el seno de la mente y en el retiro del pecho, no sea que quememos los despojos de nuestro hombre interior, y esta vestidura forense de nuestra alma y el velo carnal sea consumido por la llama devoradora de la libido, sino que pasemos por el fuego (Is. XLIII, 2). Y si alguien cae en el incendio del amor, que lo salte y pase de largo: no ligue el deseo adulterino con los vínculos de los pensamientos, no se apriete ningún nudo por el nexo de la asidua meditación; no ponga su atención muy a menudo en la forma de una mujer meretriz, ni la jovencilla levante los ojos al rostro del joven. Y si por casualidad miró y fue captada, ¡cuánto más será captada si miró por curiosidad!

69. O que la costumbre nos enseñe. Por eso la mujer cubre su cabeza con un velo, para que incluso en público sea segura su vergüenza: no se encuentre fácilmente su rostro con los ojos del adolescente, esté cubierta con el velo nupcial; para que ni por encuentros fortuitos esté expuesta a la herida ajena o propia; pero ambas son su propia herida. Que si cubre su cabeza con un velo (I Cor. XI, 5 y ss.), para que no temerariamente sea vista o vea (pues mientras se cubre la cabeza, se oculta el rostro), ¡cuánto más debe cubrirse con el velo del pudor, para que incluso en público tenga ella misma su propio secreto!

70. Pero sea, el ojo cayó sobre ello, pero el afecto no ponga su atención. Pues no es crimen haber visto, sino que hay que cavilar que no sea el origen del crimen. Ve el ojo carnal, pero reprima a los ojos del corazón, permanezca la vergüenza de la mente. Tenemos un Señor moral e indulgente; dijo ciertamente el profeta: No quiero que pongas tu atención en la forma de una mujer fornicaria; pero sin embargo el Señor dijo: El que hubiere visto a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón (Prov. V, 2). No dijo: Si alguien hubiere visto, adulteró; sino: Si alguien hubiere visto para codiciarla, no obligó el aspecto, sino que buscó el afecto. Bueno es sin embargo el pudor, que ha solido reprimir de tal modo a los mismos ojos del cuerpo, que a menudo no vemos ni siquiera lo que vemos. Etenim en apariencia parecemos mirar lo que ocurriere; pero si no se mezcla la intención del ánimo, aquí también según el oficio de la carne nuestro aspecto se

desvanece; así vemos más con el ánimo que con el cuerpo.

71. Y si la carne hubiere visto el fuego, no liguemos el fuego en el seno, esto es, en el secreto de la mente y en el arcano del ánimo. No impliquemos este fuego en los huesos, no nos lancemos nosotros mismos los nudos; no mezclemos ningún discurso con alguien de tal clase, de donde hierva el fuego adulterino. El discurso de la jovencilla es el nudo de los adolescentes; las palabras del adolescente son los vínculos del amor.

72. Vio este fuego José, cuando la mujer deseosa de adulterio le habló (Gén. XXXIX, 7); quiso captarlo con el discurso, lanzó los lazos de sus labios, pero no pudo ligar al varón púdico. Pues disolvió los vínculos de la mujer la voz del pudor, el discurso de gravedad, el freno de la cautela, la custodia de la fe, la disciplina de la castimonia. No pudo, pues, captarlo con sus redes la impúdica: lanzó la mano y asió su vestidura para apretarlo con un nudo. Las palabras de la mujer petulante son las redes de los deseos, su mano es el nudo del amor (Prov. VII, 21); pero ni con redes pudo ser captada la mente púdica, ni con el nudo: sacudida la vestidura, se soltó el nudo; y por eso, porque no ligó el fuego en el seno de su mente, no quemó su cuerpo.

73. ¿Ves, pues, que nuestro ánimo es el autor de la culpa? Y así la carne es inocente, pero la mayoría de las veces ministra del pecado. Por lo tanto, no te venza la concupiscencia de la forma. Muchas redes tiende el diablo, muchos lazos. El ojo de la meretriz es el lazo del amante. Nuestros

mismos ojos son redes para nosotros; y por eso está escrito: Ni seas capturado por tus ojos (Prov. VI, 25). Nosotros mismos, pues, nos tendemos las redes en las que nos envolvemos e implicamos. Nosotros mismos nos tejemos los vínculos, como leemos: Porque por los vínculos de sus pecados cada uno es constreñido (Prov. VI, 2).

74. Y por eso pasemos el fuego de la adolescencia y el ardor de la edad juvenil; pasemos el agua, no permanezcamos en el agua, no sea que los ríos profundos nos encierren. Pasemos más bien, para que también nosotros tengamos: El torrente atravesó nuestra alma (Sal. CXXIII, 5); pues el que pasa está salvo. Finalmente el Señor dice así: Si pasares por el agua, contigo estoy, los ríos no te encerrarán (Is. XLIII, 2); y el Profeta dice: Vi al impío sobreexaltado sobre los cedros del Líbano; y pasé, y he aquí que no estaba (Sal. XXXVI, 35, 36). Pasa las cosas seculares, y verás que han caído las alturas de los impíos. Moisés también pasando los ríos seculares, vio una gran visión y dijo: Pasando veré esta visión (Éx. III, 3); pues si hubiera estado en los vicios del cuerpo y en los placeres lúbricos de este siglo, no habría visto tan grandes misterios.

75. Pasemos, pues, también nosotros este fuego de la libido, al cual temiendo Pablo, pero temiendo por nosotros, el cual castigando su cuerpo había hecho que ya no temiera por sí mismo, nos dice: Huid de la fornicación (I Cor. VI, 18). Huyamos, pues, como de quien nos sigue, la cual no tras nosotros, sino en nosotros mismos nos sigue. Por lo tanto veamos diligentemente no

sea que mientras huimos de ella, la llevemos con nosotros. Queremos en efecto la mayoría de las veces huir, pero si no la sacudimos totalmente de nuestro ánimo, la llevamos más bien de lo que la dejamos. Saltemos pues sobre ella, no sea que se nos diga: Caminad en el fuego de vuestra llama, que encendisteis para vosotros (Is. L, 11). Puesto que así como aquel que liga fuego en su seno quema sus vestiduras (Prov. VI, 27); así el que camina sobre el fuego, es necesario que queme sus pies; puesto que está escrito: ¿Caminará alguien sobre carbones de fuego y no quemará sus pies (Prov. VI, 28)?

76. Grave fuego es, y por eso no le demos los alimentos de la lujuria. Se apacienta la libido con banquetes, se nutre con delicias, con vino se enciende, con la embriaguez se inflama. Más graves que estos son los fomentos de las palabras, que con un cierto vino de la vid sodomita embriagan la mente. Guardémonos sin embargo también de la abundancia de este vino; pues donde la carne se embriaga, la mente titubea, el ánimo vacila, el corazón fluctúa. Y por eso para ambos es útil el precepto por el cual es amonestado Timoteo: usa un poco de vino por tus frecuentes enfermedades (I Tim. V, 23). Cuando el cuerpo está caliente, atrae el vapor; cuando la carne se enfría por el frío de la enfermedad, se refrigera tu alma; cuando tu cuerpo duele, triste está tu mente, pero tu tristeza vendrá en gozo.

77. No temas, pues, si es comida tu carne, tu alma no es devorada. Por eso David dice que no teme; porque su carne, no su alma, comían los

enemigos, como leemos: Mientras se aproximan sobre mí los malvados para comer mis carnes; los enemigos que me atribulan, ellos mismos se debilitaron y cayeron (Sal. XXVI, 2). La ruina, pues, solo para sí mismo la hace la serpiente; por eso a la serpiente es entregado el que por la serpiente fue derribado; para que a quien derribó, a este lo levante; y se haga la ruina de la serpiente la resurrección del hombre. Al Satanás como autor de esta contrición corporal y de la debilidad carnal lo muestra la Escritura, diciendo Pablo: Me fue dado un aguijón de mi carne, ángel de Satanás, que me abofetee, para que no me ensalce (II Cor. XII, 7). Así, pues, Pablo aprendió a curar de la misma manera que él mismo fue sanado.

CAPÍTULO XV.

Volviendo de la digresión, enseña qué es venir con vara o con espíritu de mansedumbre. Se debe separar al que ha caído gravemente, pero por el ejemplo del Apóstol debe ser restituido a los sagrados ritos, una vez que haya sido expiado por la oración y las lágrimas del pueblo piadoso. Se purga la vieja levadura cuando la dureza de la letra se temple con la harina de una explicación más suave. Cómo todos deben ser rociados con la harina de la Iglesia y alimentados con el alimento de la caridad; para que no resulten semejantes a aquel hermano envidioso, a quien emulan los novicianos, cuya hinchazón se nota allí.

78. El buen doctor, por tanto, mientras promete una de dos cosas, otorgó ambas. Vino con vara, porque removió de la comunión sagrada al con-

victo. Y bien se dice que es entregado a Satanás el que es separado del cuerpo de Cristo. Vino también con caridad y espíritu de mansedumbre, ya sea porque así lo entregó para hacer salvo su espíritu, o porque a aquel a quien antes había separado, después lo restituyó a los sacramentos.

79. Pues también conviene que se separe al que ha caído gravemente, no sea que un poco de levadura corrompa toda la masa; y debe ser purgada la vieja levadura, ya sea en cada uno el hombre viejo, esto es, el hombre exterior con sus actos, o en el pueblo envejecido en pecados y endurecido en vicios. Y bien dijo que debe ser purgado, no arrojado; pues lo que se purga, no se juzga todo inútil; pues para esto se purga, para que lo útil se separe de lo inútil; pero lo que se arroja, se cree que nada útil tiene en sí.

80. [Alias cap. XV.] Ya entonces, por tanto, el Apóstol juzgó que debía ser restituido a los sacramentos celestiales, si él mismo quería purgarse. Y bien dice: Purgad; pues como por ciertas obras de todo el pueblo se purga, y con las lágrimas de la plebe se lava el que por las oraciones y llantos de la plebe es redimido del pecado, y es limpiado en el hombre interior. Pues Cristo otorgó a su Iglesia que redimiera a uno por todos, ella que mereció el advenimiento del Señor Jesús, para que por uno todos fueran redimidos.

81. Este es el sentido de Pablo, al cual las palabras hacen más oscuro. Consideremos el mismo sermón del Apóstol: Purgad, dice, la vieja levadura; para que seáis nueva masa, como sois ázimos (I Cor. V, 7). Ya sea porque toda la Iglesia reciba la

carga del pecador, con quien debe compadecerse con llanto, y con oración, y con dolor; y como con su levadura se rocíe toda ella, para que por todos aquellos que son superfluos en alguien que hace penitencia, por una cierta mezcla colectiva de misericordia varonil o de compasión, sean purgados. O como enseña aquella mujer evangélica (Lc. XIII, 21), que presenta el tipo de la Iglesia, por el hecho de que esconde la levadura en su harina, hasta que se fermenta todo; para que todo sea tomado puro.

82. El Señor me enseñó en el Evangelio qué es la levadura, diciendo: ¿No entendéis que no dije del pan? Guardaos de la levadura de los fariseos y saduceos (Mt. XVI, 11). Entonces, dice, entendieron que no dijo de los panes, sino que se guardaran de la doctrina de los fariseos y saduceos. Esta levadura, por tanto, esto es, la doctrina de los fariseos y la disputa de los saduceos, la esconde la Iglesia en su harina; cuando suavizó la letra más dura de la ley con la interpretación espiritual, y como por una cierta muela de su disputa la quebrantó, sacando como de los folículos de las letras los secretos internos de los misterios, y afirmando la fe de la resurrección, por la cual se predica la misericordia de Dios, por la cual se cree que se repara la vida de los muertos.

83. No parece absurda, además, la asunción de esta comparación en este lugar. Puesto que ciertamente el reino de los cielos es la redención del pecador; y por eso con la harina de la Iglesia seamos rociados todos, buenos y malos, para que seamos todos nueva masa. Pero para que nadie

temiera que la mezcla de una levadura más viciosa decolorara la masa, por eso dijo: Para que seáis nueva masa, como sois ázimos (I Cor. V, 7); esto es, tales os volverá la masa cual era la pura sinceridad de vuestra inocencia. Así, si nos compadecemos, no nos oscurecemos por el pecado ajeno, sino que adquirimos su redención para nuestra gracia, para que cual era la pureza, persevere. Y por eso añadió: Etenim pascha nostrum immolatus est Christus (Ibid.), esto es, la pasión del Señor a todos aprovechó, y a los pecadores otorgó la redención, a quienes pesó el delito cometido.

84. Por lo tanto, banqueteemos con buen alimento, haciendo penitencia, alegres por la redención; pues ningún alimento es más dulce que la benevolencia y la piedad; no se mezcle con nuestros banquetes y alegría ninguna envidia por el pecador salvado, no sea que uno mismo se excluya de la casa del Padre, como aquel hermano envidioso expuesto en el Evangelio, que se dolió por el hermano recibido, a quien se gozaba de haber excluido perpetuamente (Lc. XV, 28).

85. De quien vosotros sois semejantes, novicianos, no podéis negarlo, los cuales por eso, según decís, no os reunís en la Iglesia, porque por la penitencia se había otorgado la esperanza de volver a estos que han caído. Pero esto se ha pretendido con una apariencia. Por lo demás, Noviciano, encendido por el dolor del episcopado perdido, compuso el cisma.

86. Pero no entendéis que de vosotros también profetizó el Apóstol, y os dice: Y vosotros estáis hinchados, y no habéis tenido más bien luto; para

que sea quitado de en medio de vosotros el que hizo esta obra (I Cor. V, 2)? Ciertamente entonces se quita totalmente, cuando se borra su pecado; pues no dice el Apóstol que deba ser excluido de la Iglesia el que persuade que debe ser purgado.

CAPÍTULO XVI.

Se compara a los novicianos con el Apóstol. Cuán bellamente les conviene la palabra del Señor: No sabéis de qué espíritu sois. El estudio de la penitencia es extinguido por ellos, mientras quitan su fruto de en medio. De este modo los pecadores son privados de las promesas de Cristo; los cuales, sin embargo, no deben ser admitidos pronto a los misterios. Finalmente, se proponen ejemplos de algunos penitentes.

87. Puesto que, por tanto, el apóstol remitió el pecado, ¿con qué autoridad negáis vosotros que deba ser perdonado? ¿Quién es más reverente de Cristo, Noviciano o Pablo? Pero Pablo conocía al Señor misericordioso; conocía que el Señor Jesús se ofendía más por la severidad de los discípulos que por la misericordia (II Cor. II, 10).

Finalmente, a Santiago y Juan, que decían que pedirían fuego del cielo que los consumiera a aquellos que no querían recibir al Señor, los refutó Jesús diciendo: No sabéis de qué espíritu sois; pues el Hijo del hombre no vino a perder las almas de los hombres, sino a hacerlas salvas (Lc. IX, 55, 56). Y a ellos ciertamente dijo: No sabéis de qué espíritu sois, los cuales eran de su mismo espíritu; pero a vosotros os dice: No sois de mi espíritu, los que no mantenéis mi clemencia, los

que rechazáis mi misericordia; los que excluís la penitencia, la cual yo por mis apóstoles quise que fuera predicada en mi nombre.

Pues en vano decís que vosotros predicáis la penitencia, los que quitáis el fruto de la penitencia (Lc. XXIV, 47). Pues los hombres a cualquier estudio son incitados o por los premios o por los frutos: pero todo estudio se entorpece por la dilación. Y por eso el Señor, para que con el fruto de las cosas presentes se colmara la devoción de los discípulos, dijo que quien hubiera dejado todas sus cosas y seguido a Dios, recibiría siete veces tanto aquí y en el futuro (Mt. XIX, 29). Primero aquí prometió, para que quitara los fastidios de la dilación; añadió también en el futuro, para que aquí aprendieras a creer que en el futuro también se te pagarán premios. La remuneración, pues, de las cosas presentes, es testimonio de las futuras.

Si alguien, por tanto, teniendo crímenes ocultos, sin embargo por Cristo ha hecho estudiosamente penitencia, ¿cómo recibe estas cosas si no se le devuelve la comunión? Quiero que el reo espere el perdón, lo pida con lágrimas, lo pida con gemidos, lo pida con los llantos de todo el pueblo; para que se le perdone, suplique; y cuando por segunda y tercera vez haya sido dilatada su comunión, crea que ha suplicado demasiado remisamente, aumente los llantos, vuelva después más miserable, sujete los pies con los brazos, los bese con besos, los lave con llantos, y no los suelte; para que de él diga el Señor Jesús: Perdonados le son sus muchos pecados, porque amó mucho (Lc. VII, 47).

Conocí a algunos que en la penitencia surcaron su rostro con lágrimas, araron con continuos llantos sus mejillas, postraron su cuerpo para ser pisoteado por todos; con la boca ayuna siempre y pálida, presentaron en su cuerpo, mientras respiraban, la apariencia de la muerte.

CAPÍTULO XVII.

Se debe añadir la piedad a la severidad, lo cual se muestra que el Apóstol realizó en el caso del corintio. Se afirma que este fue iniciado por el bautismo contra las cavilaciones de los novicianos. A lo cual se añade que no la destrucción, sino el castigo de la carne, se significa por la voz *interitum* (destrucción), lo cual también se confirma con la similitud de la tierra.

92. ¿Por qué esperamos que los muertos merezcan el perdón, los cuales se infirieron la muerte a sí mismos cuando vivían? Basta, dice, a tal persona esta reprensión que se hace por muchos; de modo que al contrario más bien perdonéis y consoléis, no sea que por ventura sea absorbido por una excesiva tristeza (II Cor. II, 6). Si basta para la condenación la reprensión que se hace por muchos, basta también para la remisión del pecado la obsecración que se hace por muchos. Maestro moral y conocedor de nuestra fragilidad, e intérprete de la piedad divina, quiere que se perdone el pecado, quiere que se aplique la consolación; no sea que la tristeza absorba al penitente por el tedio de la larga dilación.

93. Por eso, pues, perdonó el apóstol, y no solo perdonó, sino que también quiso que se confir-

mara en él la caridad. Quien es querido no tiene dureza, sino mansedumbre. Y no solo perdonó él mismo, sino que quiso también que todos perdonaran, y dijo que él había perdonado por causa de los otros; para que muchos no se contristaran demasiado tiempo por causa de uno. Si a alguien, dice, habéis perdonado, yo también; pues también yo por vosotros en la persona de Cristo, para que no seamos circunvenidos por Satanás; pues no ignoramos sus astucias (Ibid., 10). Rectamente puede guardarse de la serpiente quien puede no ignorar sus astucias, que son muchas para dañar. Quiere siempre dañar, siempre circunvenir, para inferir la muerte; pero debemos guardarnos de que nuestro remedio se convierta en su triunfo; pues somos circunvenidos por él si por una excesiva tristeza perece el que puede ser liberado por la indulgencia.

94. Y para que supiéramos que habla del bautizado, añadió: Os escribí en una epístola que no os mezcléis con los fornicarios de este mundo (I Cor. V, 9). Y abajo subvirtió: Pero ahora os he escrito que no os mezcléis si alguno es llamado hermano y es fornicario, o avaro, o siervo de los ídolos (Ibid., 11). A los que juntó para la pena, quiso también que juntos pertenecieran al perdón. Si alguien, pues, es tal, dice, con este ni siquiera comas (Ibid.). ¡Cuán severo con los pertinaces, cuán indulgente con los que ruegan! Contra aquellos se arma la injuria de Cristo, a estos la invocación de Cristo favorece.

95. Pero no sea que alguien por ventura se mueva por esto que está escrito: Entregué a tal

hombre a Satanás para destrucción de la carne (Ibid., 5), y diga: ¿Cómo pudo pertenecer al perdón aquel cuya carne toda había perecido; siendo manifiesto que en ambos el hombre es redimido y en ambos es salvado: ni el alma sin la carne, ni la carne sin el alma, estando acopladas entre sí por los consorcios de las obras realizadas, pueden estar sin el consorcio o de la pena o del premio? Tenga para sí esta respuesta: que la destrucción no significa la consumada consumción de la carne, sino el castigo. Pues como el muerto al pecado vive para Dios, así perecen los incentivos de la carne y la carne muere a sus deseos, para que reviva para la castidad y las demás obras buenas.

96. ¿Y qué ejemplo más apto podemos tomar que de la madre? Pues ella misma de la cual somos tomados, la tierra, intermitido el ejercicio y el cultivo, parece desierta; y o en las viñas con que se sembró el campo, o en los olivos, muere; sin embargo no pierde su jugo propio como una cierta alma suya. Finalmente, repetido el cultivo y confiadas las semillas para las que se estima hábil, surge más feraz con frutos. No es, pues, ajeno si también nuestra carne se dice que perece así; para que se crea reprimida más bien que consumida.

LIBRO SEGUNDO.

CAPÍTULO I. Ambrosio, a punto de añadir nuevos preceptos a los del libro anterior, insinúa alegóricamente la necesidad de hacer penitencia maduramente, la cual también persuade que debe hacerse; luego, propuesta su forma en el Apóstol para imitación, propone brevemente sus variados frutos.

1. Aunque no pocas cosas que aprovechen para la exhortación de la penitencia se escribieron en el libro anterior; sin embargo, como pueden añadirse muchas más, para que no parezcamos haber dejado como a medio comer los banquetes de nuestras palabras, prosigamos el convite comenzado.

2. Pues se debe hacer la penitencia no solo solícitamente, sino también maduramente; no sea que por ventura aquel padre de familia evangélico que plantó una higuera en su viña venga, y buscando fruto en ella, si no lo encontrare, diga al cultivador de la viña: Córtala. ¿Para qué ocupa también la tierra? (Lc. XIII, 7). Y a no ser que el cultivador de la viña intervenga diciendo: Señor, déjala también este año, hasta que cave alrededor de ella; y pondré un cesto de estiércol; y si ciertamente hiciere fruto; pero si no, córtese la higuera (Ibid., 8, 9).

3. Estiércolemos, pues, también nosotros este campo que poseemos, e imitemos a los laboriosos agricultores, a quienes no avergüenza saciar la tierra con estiércol pingüe, y rociar el campo con ceniza inmunda, para que recojan frutos más abundantes.

4. Y de qué modo estiércolemos, lo enseña el Apóstol diciendo: Y estimo todas las cosas como estiércol, para ganar a Cristo (Fil. III, 8); el cual por la infamia y la buena fama mereció agradar a Cristo. Pues había leído que Abraham, mientras se confiesa estiércol y ceniza, con suma humildad encontró la gracia de Dios (Gén. XVIII, 3). Había leído que Job sentado en el estiércol recuperó todas las cosas que había perdido (Job XXIV). Había leído profetizando David, que Dios levanta de la tierra al necesitado, y del estiércol erige al pobre (Sal. CXII, 7).

¿Y nosotros, pues, no nos avergonzaremos de confesar al Señor nuestros pecados? Es un pudor que cada uno delate sus crímenes; pero ese pudor ara su campo, quita las espinas perpetuas, corta las zarzas, hace madurar los frutos, que creía que estaban entre los muertos. Sigue a aquel que arando bien su campo, buscó frutos eternos. Somos maldecidos, dice, y bendecimos; padecemos persecución, y soportamos; somos blasfemados, y suplicamos; como el desperdicio de este mundo hemos sido hechos (I Cor. IV, 12, 13). Si tú también así arares, sembrarás cosas espirituales. Ara, para que quites el pecado, adquieras el fruto. Él aró, para que erradicara en sí el afecto de perseguidor. ¿Qué más pudo conferirnos Cristo para el estudio

de la corrección, que convirtiera y nos diera de perseguidor un doctor?

CAPÍTULO II.

Resuelve el lugar apostólico objetado por los heréticos contra la penitencia, y muestra que este debe entenderse sobre la reiteración del bautismo, tanto con la exposición de cada una de sus partes, cuanto por la mención de los bautismos legales allí premisa; aunque añade que también puede referirse a esto, que lo que es imposible para los hombres, de ningún modo se tenga por imposible para Dios.

6. Puesto que, por tanto, son refutados por tan evidente ejemplo tanto del mismo Apóstol cuanto de sus escritos, sin embargo todavía quieren oponerse, y dicen que la autoridad de la sentencia apostólica les favorece, alegando lo escrito a los Hebreos: Porque es imposible que los que una vez fueron iluminados, y gustaron el don celestial, y fueron hechos partícipes del Espíritu Santo, y gustaron la buena palabra de Dios, y las virtudes del siglo venidero, si cayeren, sean otra vez renovados para penitencia, crucificando de nuevo para sí mismos al Hijo de Dios, y exponiéndole a vituperio (Heb. VI, 4 y ss.).

¿Acaso pudo Pablo predicar contra su propio hecho? Perdonó al corintio el pecado por la penitencia (II Cor. II, 10); ¿cómo pudo aquí reprender su propia sentencia? Por tanto, porque no pudo destruir lo que había edificado, advertimos que no dijo algo contrario, sino diverso. Lo que es contrario, se impugna a sí mismo; lo que es

diverso, suele tener una razón distinta. De tal modo, pues, no es contrario, que lo uno favorece a lo otro. Ciertamente porque predicó sobre la penitencia que debe remitirse, debió también no callar sobre aquellos que piensan que el bautismo debe reiterarse; y primero convino que se nos quitara la solicitud, para que supiéramos que también después del bautismo, si algunos pecaren, se les puede perdonar el pecado; no sea que la vana opinión de reiterar el bautismo pervirtiera a los privados de la esperanza del perdón; luego se debió persuadir con racional disputa que el bautismo no debe ser reiterado.

8. Sobre el bautismo, por lo demás, lo declaran las palabras mismas con las que significó que es imposible que los caídos sean renovados para penitencia; pues por el lavacro somos renovados, por el cual renacemos, como el mismo Pablo dice: Pues somos sepultados juntamente con él por el bautismo en muerte, para que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros caminemos en novedad de vida (Rom. VI, 4). Y en otra parte: Renovaos en el espíritu de vuestra mente, y vestíos del nuevo hombre, que ha sido creado según Dios (Ef. IV, 23, 24). Y en otra parte: Se renovará como la del águila tu juventud (Sal. CII, 3): que también el águila, cuando hubiere muerto, de sus propias reliquias renace, como por el sacramento del bautismo, cuando hubiéremos muerto al pecado, renacemos para Dios y somos reformados. Un solo bautismo, pues, enseña, como en otra parte: Una fe; un solo, dice, bautismo (Ef. IV, 5).

Aquello también es evidente, que en el que es bautizado es crucificado el Hijo de Dios; porque nuestra carne no pudo borrar el pecado, si no hubiera sido crucificada en Cristo Jesús. Finalmente está escrito que cuantos somos bautizados en Cristo Jesús, en su muerte somos bautizados (Rom. VI, 3). Y abajo: Si pues hemos sido plantados juntamente a la similitud de su muerte, juntamente también seremos de la resurrección, sabiendo que nuestro viejo hombre juntamente ha sido clavado a la cruz (Ibid., 5, 6). Y a los Colosenses dice: Sepultados con él por el bautismo, en el cual también resucitasteis juntamente (Col. II, 12). Lo cual por eso está escrito, para que creamos que él mismo es crucificado en nosotros; para que por él nuestros pecados sean limpiados, para que él mismo fije nuestro quirógrafo a la cruz, el cual solo puede otorgar los delitos. Él mismo en nosotros triunfa sobre los principados y potestades; puesto que de él está escrito: A los principados y potestades ostentó, triunfando de ellos en sí mismo (Col. II, 15).

10. Por tanto, cuando dice en esta epístola que se escribe a los Hebreos, que es imposible que los caídos sean renovados para penitencia, crucificando de nuevo al Hijo de Dios y exponiéndole a vituperio (Heb. VI, 6), mira a esto, para que creamos que fue dicho sobre el bautismo, en el cual crucificamos al Hijo de Dios en nosotros; para que por él el mundo nos sea crucificado, nosotros que triunfamos en cierta especie, mientras asumimos la similitud de su muerte, quien en su cruz ostentó y triunfó sobre los principados y potestades;

para que en la similitud de su muerte también nosotros triunfemos sobre los principados cuyo yugo deponemos. Una sola vez, pues, fue crucificado Cristo, una sola vez murió al pecado; y por eso uno solo, no muchos bautismos.

11. ¿Qué decir de que también arriba premisó la doctrina de los bautismos? Y porque muchos eran los bautismos en la ley, con razón reprendió a aquellos que abandonan las cosas perfectas y buscan el principio de la palabra. Nos enseña que debemos saber que han sido destruidos todos los bautismos de la ley, y que hay un solo bautismo en los sacramentos de la Iglesia. Nos exhorta, además, a que dejando el principio de la palabra, tendamos a lo perfecto: "Y esto haremos", dice, "si en verdad Dios lo permitiere" (Heb. VI, 3); pues no puede alguien ser perfecto sin el favor de Dios.

12. Ciertamente también podría decir aquello a quien piensa que esto fue dicho sobre la penitencia; que las cosas que son imposibles para los hombres, son posibles para Dios: y poderoso es Dios cuando quiere para perdonarnos incluso los pecados que pensamos que no pueden ser concedidos. Y por eso lo que a nosotros nos parece imposible de impetrar, para Dios es posible otorgarlo. Pues también parecía imposible que el agua borrara el pecado; finalmente Naamán el Sirio no creyó que su lepra pudiera ser limpiada por el agua. Pero lo que era imposible, Dios hizo que fuera posible, quien nos otorgó tan grande gracia (IV Rey. V, 11). Similarmente parecía imposible que por la penitencia los pecados fueran

perdonados; concedió esto Cristo a sus apóstoles, lo cual fue transmitido por los apóstoles a los oficios de los sacerdotes (Juan XX, 22). Se hizo, pues, posible lo que parecía imposible. Pero sin embargo, persuade con verdadera razón que fue dicho sobre el bautismo, para que nadie lo reiterara.

CAPÍTULO III.

Confirma la solución anterior con la propuesta parábola del hijo pródigo del Evangelio, cuyas partes individuales exponiendo, las mismas contra las aserciones novacianas de tal modo vuelve, que de allí necesariamente deduce que incluso al reo de un gravísimo crimen, si en verdad se hubiere arrepentido dignamente, no se le debe denegar la reconciliación.

13. Pues el Apóstol no vendría contra la evidente doctrina de Cristo, quien sobre el pecador que hace penitencia puso una comparación en aquello que habiendo partido de viaje devoró toda la sustancia recibida del padre viviendo lujuriosamente, y después deseó el pan del padre cuando se alimentaba de algarrobas: y mereció la estola, el anillo, el calzado, y también la inmolación del becerro, que tiene la forma de la pasión del Señor, por la cual el sacramento celestial se nos otorga (Luc. XV, 13 y ss.).

14. Bien se dice que "partió de viaje" el que estaba separado de los sagrados altares; esto es, en efecto, ser separado de aquella Jerusalén que está en el cielo, de un cierto domicilio cívico y doméstico de los santos. Por lo cual también el apóstol

dice: "Así que ya no sois extranjeros y advenedizos, sino ciudadanos de los santos y domésticos de Dios" (Ef. II, 19).

15. "Y consumió", dice, "su sustancia". Con razón la consumió aquel cuya fe flaqueaba en las obras: "Pues la fe es la sustancia de las cosas que se esperan, el argumento de las cosas que no aparecen" (Heb. XI, 1). Y buena sustancia es la fe, en la cual está el patrimonio de nuestra esperanza.

16. Ni es maravilla si de hambre perecía el que carecía del divino alimento; por cuyo deseo compelido: "Me levantaré", dice, "e iré a mi padre, y le diré: Padre, pequé contra el cielo y delante de ti" (Luc. XV, 18). ¿Acaso no advertís que aquello se nos ha expuesto evidentemente, que por la gracia de merecer el sacramento somos impulsados a orar; y esto queréis quitar, por lo cual se hace la penitencia? Quitá al gobernante la esperanza de llegar, y errará incierto en medio de los flujos. Quitá al luchador la corona, y yacerá lento en el estadio. Quitá al pescador la eficacia de capturar, y deja de arrojar las redes. ¿Cómo pues puede el que padece hambre en su alma orar a Dios más estudiosamente, si desespera del sagrado alimento?

17. "Pequé", dice, "contra el cielo y delante de ti". Confiesa ciertamente el pecado para muerte, para que no pensarais que cualquiera que hace penitencia de cualquier crimen por derecho es excluido; cuando aquel que pecó contra el cielo, o contra el reino celestial, o contra su alma, lo cual es pecado para muerte; y pecó delante de Dios,

a quien solo se dice: "A ti solo pequé y el mal delante de ti hice" (Sal. L, 6).

18. Tan pronto merece el perdón, que al que viene y todavía puesto lejos le sale al encuentro el padre, le otorga el beso, que es insignia de la paz sagrada: manda que se traiga la estola, que es la vestidura nupcial, la cual si alguien no la tuviere, es excluido del convite nupcial: da el anillo en su mano, que es prenda de la fe y sello del Espíritu Santo: manda que se traiga el calzado (Exod. XII, 11); pues habiendo de celebrar la pascua del Señor, habiendo de banquetear el cordero, debe tener el paso cubierto contra todas las incursiones de las bacterias espirituales y los mordiscos de la serpiente: manda que el becerro sea matado; porque "nuestra Pascua es Cristo inmolado" (I Cor. V, 7). Ciertamente cuantas veces tomamos la sangre del Señor, anunciamos la muerte del Señor (I Cor. XI, 26). Así como pues una sola vez fue inmolado por todos, así cuantas veces se perdonan los pecados, tomamos el sacramento de su cuerpo, para que por su sangre se haga la remisión de los pecados.

19. Por tanto, evidentísimamente por la predicción del Señor ha sido mandado incluso a los reos de un gravísimo crimen, si de todo corazón y con manifiesta confesión del pecado hacen penitencia, que se debe infundir la gracia del sacramento celestial. Por lo cual es cierto que nada os ha quedado para la excusa.

CAPÍTULO IV.

Retuerce otra objeción buscada de la blasfemia contra el Espíritu Santo contra los mismos novacianos; y muestra que por esa blasfemia debe entenderse una fe no recta: lo cual, una vez confirmado por la sentencia de Pedro contra Simón el mago, y también por el testimonio evangélico, exhorta a los mismos heréticos al regreso a la Iglesia, y afirma que es tan grande la clemencia del Señor que no habría denegado el perdón al traidor Judas si se hubiera arrepentido ante Cristo.

20. Se nos ha informado, sin embargo, que también soléis objetar aquello que decís que está escrito: "Todo pecado y blasfemia será perdonado a los hombres; pero el Espíritu de blasfemia no será perdonado a los hombres. Y cualquiera que dijere una palabra contra el Hijo del hombre, le será perdonado; pero el que dijere contra el Espíritu Santo, no le será perdonado, ni en este siglo ni en el futuro" (Mat. XII, 31 y ss.). Por cuyo ejemplo toda vuestra aserción se destruye y se absuelve; pues está escrito: "Todo pecado y blasfemia será perdonado a los hombres". ¿Por qué pues no perdonáis? ¿Por qué atáis vínculos que no desatáis? ¿Por qué anudáis nudos que no relajáis? Perdonad a los demás: tratad de aquellos que pensáis que por autoridad evangélica están ligados para siempre por pecar contra el Espíritu Santo.

21. Y sin embargo consideremos a quiénes liga, repitiendo lo anterior de la lectura misma, para que comprendamos más evidentemente. Decían los judíos: "Este no echa los demonios sino en Belcebú, príncipe de los demonios". Respondió

Jesús: "Todo reino dividido contra sí mismo será destruido, y toda ciudad o casa dividida contra sí misma no permanecerá; pues si Satanás echa a Satanás, contra sí mismo está dividido: ¿cómo pues permanecerá su reino? Pero si yo en Belcebú echo los demonios, vuestros hijos ¿en quién los echan?" (Mat. XII, 24 y ss.).

22. Sobre estos ciertamente vemos expresado, que hablaban que el Señor Jesús echaba los demonios en Belcebú, a los cuales así respondió el Señor, que la herencia de Satanás estaba en ellos, que comparaban al Salvador de todos con Satanás, y constituían la gracia de Cristo en el reino del diablo. Y para que conociéramos que de esta blasfemia habló, añadió: "Generación de víboras, ¿cómo podéis hablar cosas buenas, siendo malos?". A estos pues que hablan estas cosas, niega que pertenezcan al perdón.

23. Finalmente Pedro dice a Simón, quien depravado por la costumbre del arte mágica, había pensado que compraría con dinero la gracia de Cristo por la imposición de la mano y la infusión del Espíritu Santo: "No tienes parte ni suerte en esta fe; porque tu corazón no es recto ante Dios. Haz pues penitencia de esta tu maldad, y ruega al Señor, si acaso se te perdonare esta intención de tu corazón; pues en la obligación de la iniquidad y en la amargura de la hiel veo que estás" (Hech. VIII, 21 y ss.). ¿Ves que a este que blasfema con vanidad mágica en el Espíritu Santo lo condena por autoridad apostólica; y tanto más porque no tenía una pura conciencia de fe: y sin embargo

¿acaso le cerró la esperanza del perdón, a quien invitó a la penitencia?

24. Se respondió pues por el Señor a la blasfemia de los fariseos; y por eso niega la gracia de su potestad, que está en la remisión de los pecados, a estos que reivindicaban que su potestad celestial estaba apoyada por el sufragio diabólico. Afirma también que usan un espíritu diabólico aquellos que separarían la Iglesia del Señor; para que comprendiera a los heréticos y cismáticos de todos los tiempos, a quienes niega la indulgencia, porque lo que cada pecado es respecto a cada uno, esto lo es en el conjunto. Pues solo ellos son los que quieren desatar la gracia de Cristo, los que despedazan los miembros de la Iglesia, por la cual sufrió el Señor Jesús y el Espíritu Santo nos fue dado.

25. Finalmente, para que sepáis que habla sobre los dispersores, así lo tenemos escrito: "El que no está conmigo, contra mí está; y el que no recoge conmigo, desparrama" (Mat. XII, 30). Y para que supiéramos que de estos se dijo, inmediatamente subvirtió: "Por eso os digo: todo pecado y blasfemia será perdonado a los hombres, pero el Espíritu de blasfemia no será perdonado a los hombres" (Ibid., 31). Cuando dice: "Por eso os digo", ¿acaso no quiso que esto fuera entendido por nosotros evidentemente antes que lo demás? Y con razón añadió: "El árbol bueno hace buenos frutos, pero el árbol malo hace malos frutos" (Mat. VII, 17); pues la congregación mala no puede hacer buen fruto. El árbol, pues, es la con-

gregación; los frutos del árbol bueno son los hijos de la Iglesia.

26. Y por tanto regresad a la Iglesia, si algunos os separasteis impiamente. Pues a todos los conversos promete el perdón; porque está escrito: "Todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo" (Joel II, 32). Finalmente incluso el pueblo de los judíos que decía del Señor Jesús: "Demonio tiene" (Juan VIII, 48); que decía: "En Belcebú echa los demonios" (Luc. XI, 15); que crucificó al Señor Jesús, es llamado por la predicación de Pedro al bautismo, para que deponga los méritos de tan gran maldad.

27. Pero ¿qué maravilla si negáis la salud a otros, los que rehusáis la vuestra, aunque en nada difieran aquellos que os piden la penitencia? Pues juzgo que incluso Judas hubiera podido no ser excluido del perdón por tan gran misericordia de Dios, si hubiera hecho la penitencia no ante los judíos, sino ante Cristo. "Pequé", dice, "porque entregué sangre justa" (Mat. XXVII, 4). Respondieron: "¿A nosotros qué? Tú verás". ¿Qué otra voz es la vuestra, cuando incluso el reo de un pecado menor os confiesa su propio hecho? ¿Qué otra cosa respondéis, sino esto: "¿A nosotros qué? Tú verás". A este sermón sigue el lazo: con tanto más fiera pena, cuanto menor es la culpa.

28. Pero si estos no se convierten, al menos regresad vosotros, que por vario deslíz caístes desde el excelso fastigio de la inocencia y de la fe. Buen señor tenemos, que quiere perdonar a todos, el cual te llamó por el profeta diciendo: "Yo soy, yo soy el que borro las iniquidades; y no me

acordaré: tú pues acuérdate, y seamos juzgados" (Is. XLIII, 25).

CAPÍTULO V.

Que niegan que el perdón fuera prometido afirmativamente por Pedro a Simón el mago, se refiere primero a que aquel apóstol, por la conocida perfidia de aquel mago, pudo usar una locución dudosa: segundo, sin embargo, se confirma por muchos lugares del Antiguo Testamento, por el uso de los autores profanos, finalmente por los mismos evangelistas, que por el adverbio "acaso" también se significa aptamente la afirmación para la causa. Luego añade que los apóstoles nos transmitieron la penitencia cuyos frutos se muestran por David. Por último aduce el ejemplo de los efraimitas, a semejanza de los cuales enseña que debe hacerse nuestra penitencia, para que se le otorguen la divina misericordia y los sacramentos.

29. Refieren sin embargo la cuestión sobre las palabras del apóstol Pedro. Porque dijo: "Por si acaso" (Hech. VIII, 22), piensan que Pedro no confirmó que se perdonaría el pecado al que hace penitencia. Pero consideren de quién habla, esto es, de Simón, que no creería por fe, sino que pensaría el dolo. Finalmente también el Señor dijo a aquel cuya plena sinceridad no veía: "Te seguiré", y respondió: "Las zorras tienen madrigueras" (Mat. VIII, 20). Al que pues el Señor antes del bautismo prohibió seguir, puesto que lo veía fraudulento; ¿te maravillas si después del bautismo al prevaricador no lo absolvió el apóstol, a

quien pronunció que permanecía en la obligación de la iniquidad?

30. Pero esto se les responda a ellos. Yo sin embargo ni digo que Pedro dudó, ni juzgo que por el prejuicio de una sola palabra deba estrangularse tan gran causa. Pues si piensan que Pedro dudó, ¿acaso también Dios dudó? que dice al profeta Jeremías: "Ponte en el atrio de la casa del Señor, y darás respuesta a todo Judá, a los que vienen a adorar en la casa del Señor, todas las palabras que te constituí responderles, no quites palabra: quizá oigan, y se conviertan" (Jer. XXVI, 2, 3). Digan pues que también Dios ignoró qué sería en el futuro.

31. Pero no se expresa la ignorancia por esa palabra, sino que en las divinas Escrituras se advierte frecuentemente esta clase de costumbre; porque la elocución es simple. Puesto que también dice el Señor a Ezequiel: "Hijo del hombre, yo te enviaré a la casa de Israel, a los que me exacerbaron ellos mismos y sus padres hasta el día de hoy, y les dirás: Esto dice el Señor, por si acaso oyen y se aterrorizan" (Ezeq. II, 4, 5). ¿Ignoraba pues si ellos podían o no podían convertirse? No siempre pues es esa la elocución del que duda.

32. Finalmente los mismos sabios del siglo, que ponen toda su gloria en la expresión de las palabras, aquello que en latín decimos "acaso" (*forte*), en griego (*tacha*) no lo han puesto en todas partes por duda. Dicen así que el primero de sus poetas dijo: *E tacha chera esomai*, que es: "Pronto seré viuda". Y en otra parte: *tacha gar se kataktaneousin Achaioi pantes ephormethentes*

(Homero lib. III Iliad.). Pues no dudaría que entre todos los que irrumpían a la vez, uno fácilmente pudiera ser derribado por todos.

33. Pero usemos lo nuestro más que lo ajeno. Finalmente tienes en el Evangelio que el Hijo mismo dice del Padre (cuando había enviado siervos a su viña y los habían matado), que el Padre dijo: "Enviaré a mi Hijo amadísimo, quizá a él le tengan reverencia" (Mat. XXI, 37). Y en otra parte, de su propia persona dice el Hijo: "Ni a mí me conocéis, ni a mi Padre. Pues si a mí me conocierais, quizá también a mi Padre conoceríais" (Juan VIII, 19).

34. Si pues Pedro usó estas palabras que Dios usó sin perjuicio de su ciencia; ¿por qué no aceptamos que también Pedro usó estos sermones sin perjuicio de su fe? Pues no podía dudar sobre el don de Cristo, quien le había dado la potestad de desatar los pecados (Mat. XVI, 19); especialmente cuando no debió dejar lugar a las astucias de los heréticos, los cuales por eso quieren privar de la esperanza a los hombres, para que más fácilmente induzcan la persuasión de reiterar el bautismo entre los que desesperan.

35. Pero los apóstoles teniendo esto, según el magisterio de Cristo enseñaron la penitencia; prometieron el perdón, relajaron la culpa, así como también enseñó David diciendo: "Bienaventurados aquellos cuyas iniquidades han sido remitidas, y cuyos pecados han sido cubiertos. Bienaventurado el varón a quien el Señor no imputó el pecado" (Sal. XXXI, 1, 2). Ciertamente a ambos llamó bienaventurados, tanto a aquel

cuya iniquidad se remite por el lavacro, cuanto a aquel cuyo pecado se cubre con obras buenas. Pues el que hace penitencia, no solo debe diluir con lágrimas su pecado, sino también cubrir y tapar los delitos anteriores con hechos más corregidos, para que no se le impute el pecado.

36. Cubramos pues nuestros deslizamientos con hechos posteriores, limpiémoslos con llantos; para que nos oiga el Señor Dios nuestro gimiendo, así como oyó a Efraín llorando, según está escrito, diciendo Dios: "Oyendo oí a Efraín llorando" (Jer. XXXI, 18). Y las palabras mismas de Efraín lamentándose expresó diciendo: "Me castigaste, y he sido castigado, como becerro no he sido enseñado" (Ibid.). Pues el becerro juega, y deserta los pesebres; y por eso Efraín como becerro no ha sido enseñado, puesto lejos del pesebre, porque desertó el pesebre del Señor, y siguiendo a Jeroboam, adoró a los becerros (Tob. I, 5), lo cual la profecía había indicado que sería por Aarón, que así caería el pueblo de los judíos. Y por eso, haciendo penitencia dice: "Conviérteme, y me convertiré; porque tú eres el Señor Dios mío. Porque en lo último de mi cautiverio hice penitencia: y después que conocí, gemí sobre los días de mi confusión, y me sometí a ti; porque recibí el oprobio, y te demostré" (Jer. XXXI, 19).

37. Advertimos cómo se debe hacer la penitencia, con qué sermones, con qué llantos; para que el día del pecado sea llamado día de confusión; pues hay confusión cuando Cristo es negado.

38. Y por tanto, sometámonos a Dios, y no estemos sometidos al pecado: y repasando la

memoria de nuestros delitos, avergoncémonos como de un oprobio; no los prediquemos como si fueran una cierta gloria, como algunos se glorían, asaltada la pudicia y oprimida la justicia: y hágase tal conversión, que nosotros, que no reconocíamos a Dios, nosotros mismos ya lo demostremos a otros: y movido el Señor por tal conversión nuestra, responda: "Desde mi juventud me es amado mi hijo Efraín, niño entre delicias; porque en cuanto mis sermones están en él, con memoria me acordaré de él; por eso me he apresurado sobre él, con misericordia tendré misericordia de él, dice el Señor" (Jer. XXXI, 20).

39. Pero qué misericordia nos promete, lo muestra más abajo diciendo: "He embriagado a toda alma sedienta, y a toda alma hambrienta he saciado. Por eso me levaté, y vi, y mi sueño me es dulce" (Ibíd., 25, 26). Advertimos que el Señor promete sus sacramentos a los que pecan; y por tanto, convirtámonos todos al Señor.

CAPÍTULO VI.

A punto de exhortar de nuevo a la penitencia a aquellos que han caído de la fe o de la inocencia, enseña desde Isaías qué deben esperar de Dios, o qué deben ellos mismos realizar. De aquí, mencionada la reprensión proverbial de Cristo contra los judíos, censurando con su ocasión los bailes y las coreas, traduce el mismo proverbio al entendimiento espiritual. Luego, a partir de Jeremías que asume la penitencia por Jerusalén, abre qué condiciones requiere esa virtud. Finalmente, para exhibir más claramente de cuánta eficacia es

esta medicina, enumera a muchos que quisieron usarla ya para sí mismos o para otros.

40. Pero si aquellos no se convierten, al menos regresad vosotros, que por vario desliz habéis caído de la excelsa cumbre de la inocencia y de la fe. Buen Señor tenemos que quiere donar a todos, el cual te llamó por el profeta diciendo: "Yo soy, yo soy el que borro tus iniquidades, y no me acordaré: pero tú acuérdate, para que seamos juzgados" (Is. XLIII, 25). "Yo", dice, "no me acordaré: pero tú acuérdate", esto es: No revoco aquellas cosas, cualesquiera delitos que te he perdonado, como si estuvieran cubiertos por un cierto olvido: "pero tú acuérdate". "Yo", dice, "no me acordaré por la gracia, tú acuérdate por la corrección: acuérdate, para que sepas que ha sido perdonado el pecado; no te glories como si fueras inocente, no sea que justificándote, te agraves más: pero si quieres ser justificado, confiesa tu delito". Pues suelta los nexos de los crímenes la confesión vergonzosa de los pecados.

41. Ves qué te exige tu Dios, que te acuerdes de aquella gracia que recibiste, y no te glories como si no la hubieras recibido. Ves con qué promesa de remisión te provoca a confesar: mira no sea que luchando contra los mandatos celestiales, incidas en la indevoción de los judíos, a quienes dice el Señor Jesús: "Os cantamos, y no bailasteis: lamentamos, y no llorasteis" (Lc. VII, 32).

42. Vil sermón, pero no vil misterio. Y por tanto hay que precaverse de que nadie, engañado por una cierta interpretación vulgar de este sermón, piense que se nos mandan los movimientos

histriónicos de un baile lúbrico y los delirios de la escena; estas cosas incluso en la edad adolescente son viciosas: sino que mandó el baile que bailó David ante el arca del Señor. Pues todo es decente, lo que se difiere a la religión; de modo que no nos avergoncemos de ningún obsequio que aproveche al culto y observancia de Cristo.

43. No por tanto aquel baile compañero de las delicias y de la lujuria se predica, sino aquel por el cual cada uno eleve un cuerpo incansable, ni permita que los miembros perezosos yazcan en tierra, ni se entumezcan con tardos vestigios. Bailaba espiritualmente Pablo, cuando se extendía por nosotros, y olvidando lo que queda atrás, deseando lo de delante, tendía hacia el premio de Cristo. Tú también cuando vienes al bautismo, eres amonestado a elevar las manos, a tener pies más veloces con los cuales asciendas a las cosas eternas (Fil. III, 13, 14). Este baile es socio de la fe, compañero de la gracia.

44. Este es pues el misterio: "Os cantamos", ciertamente el nuevo cántico del Testamento: "y no bailasteis", esto es, no elevasteis el alma a la gracia espiritual. "Lamentamos, y no llorasteis", esto es, no hicisteis penitencia. Y por eso fue abandonado el pueblo de los judíos; porque ni hizo penitencia, y rechazó la gracia. Por Juan la penitencia, por Cristo la gracia. Aquella como el Señor la dona, esta como siervo la anuncia. Ambas por tanto custodia la Iglesia, para que consiga la gracia, y no arroje la penitencia; pues la gracia es don del que la otorga, la penitencia remedio del que delinque.

45. Supo Jeremías que gran remedio era el de la penitencia, la cual asumió en sus Lamentaciones por Jerusalén, e introduce a la misma Jerusalén haciéndola, diciendo: "Llorando lloró en la noche, y sus lágrimas en sus mejillas, ni hay quien la consuele de entre todos los que la aman. Las vías de Sion lugen" (Lam. I, 2). Y añadió: "En estas cosas pues lloro, mis ojos se han oscurecido por el llanto, porque se alejó de mí el que me consolaba" (Lam. I, 16). Advertimos que este cúmulo acerbísimo de sus males arbitraba, porque faltaba quien consolara a la que se dolía. ¿Cómo pues vosotros mismos quitáis la consolación, que negáis la esperanza de relajar la penitencia?

46. Pero oigan los que hacen penitencia, cómo deben hacerla, con qué estudio, con qué afecto, con qué intención de la mente, con qué sacudida de las entrañas íntimas, con qué conversión del corazón: "Mira", dice, "Señor, porque soy tribulado, mi vientre está turbado por mi llanto, mi corazón se ha vuelto en mí" (Ibíd., 20).

47. Conociste la intención del ánimo, conoce la fe de la mente, y el hábito del cuerpo. "Se sentaron", dice, "en tierra, callaron los ancianos de la hija de Sion, e impusieron tierra sobre su cabeza, se ciñeron con cilicio, llevaron a tierra a los príncipes, las vírgenes de Jerusalén desfallecieron en lágrimas, mis ojos se oscurecieron, mi vientre se turbó, mi gloria fue derramada en la tierra" (Lam. II, 10, 11).

48. Así lloró también el pueblo de Nínive, y escapó del excidio denunciado de la ciudad (Jonás III, 5); pues tanta es la medicina de la penitencia,

que Dios parece cambiar su propia sentencia. En ti está pues que escapes: el Señor quiere ser rogado, quiere que se espere en él, quiere que se le suplique. ¿Eres hombre, y quieres ser rogado para perdonar, y piensas que Dios te perdona a ti que no le ruegas?

49. El Señor mismo lloró por Jerusalén (Lc. XIX, 41), para que porque ella misma no quería llorar, por las lágrimas del Señor perteneciera al perdón. Él quiere que lloremos nosotros, para que podamos escapar, así como tienes escrito en el Evangelio: "Hijas de Jerusalén, no me lloréis a mí, sino lloraos a vosotras mismas" (Lc. XXIII, 28).

50. Lloró David, y mereció que la divina misericordia alejara la muerte del pueblo que perecía (II Sam. XXIV, 10); cuando propuestas para sí tres opciones, eligió sin embargo aquella en la que experimentara la mayor conmiseración del Señor. ¿Por qué te avergüenzas tú de llorar tus pecados, cuando Dios incluso mandó a los profetas llorar por los pueblos?

51. Finalmente, también a Ezequiel se le mandó llorar por Jerusalén, y recibió el libro, en cuyo encabezado estaba escrito: "Lamentación, y melodía y ay" (Ez. II, 9), dos cosas tristes y una deleitable; puesto que aquel será salvo en el futuro, que en este siglo más haya llorado: "Pues el corazón de los sabios está en la casa del luto, y el corazón de los necios en la casa de los banquetes" (Eccl. VII, 5). Y el Señor mismo dice: "Bienaventurados los que ahora lloráis; porque reiréis" (Lc. VI, 21).

CAPÍTULO VII.

Exhorta a llorar y confesar los pecados, aseverando que Cristo es excitado por las lágrimas del pecador y de la Iglesia para que lo justifique: lo cual ilustra maravillosamente con la historia acomodada de Lázaro resucitado. Donde después que muestra que los novicianos son sucesores de los judíos que pensaban en matar a Lázaro, enseña la perfecta justificación de cualquier pecado expresada por el olor del ungüento derramado por María en los pies de Cristo: y de nuevo muestra a los mismos heréticos señalados en la persona de Judas, que envidiaba mientras los demás se alegraban.

52. Lloremos pues por un tiempo, para que nos exultemos por la eternidad. Temamos al Señor, prevengámoslo confesando nuestros pecados, corriamos nuestros deslizamientos, enmendemos el error; no sea que también de nosotros se diga: "¡Ay de mí, alma mía! porque pereció el hombre reverente de la tierra, y quien corrija entre los hombres no hay" (Miq. VII, 2).

53. ¿Qué temes confesar ante un buen señor tus iniquidades? "Di", dice, "tus iniquidades, para que seas justificado" (Is. XLIII, 26). Todavía al reo de culpa se le proponen los premios de la justificación; pues es justificado aquel que haya reconocido espontáneamente su propio crimen: finalmente, "el justo es acusador de sí mismo al comienzo de su sermón" (Prov. XVIII, 17). Sabe todo el Señor, pero espera tu voz; no para castigar, sino para perdonar: no quiere que el diablo te in-

sulte, y arguya contra ti que ocultas tus pecados. Prevé a tu acusador: si tú mismo te acusas, a ningún acusador temerás: si tú mismo te delatas, aunque hayas muerto, revivirás.

54. Vendrá a tu monumento Cristo, y si ve llorar por ti a Marta, mujer de buen ministerio, llorar a María que atentamente oía la palabra de Dios, así como la santa Iglesia que eligió para sí la mejor parte; se moverá a misericordia cuando vea en tu óbito las lágrimas de muchísimos, y dirá: "¿Dónde lo habéis puesto" (Juan XI, 34)? esto es, en qué estado de los reos está, en qué orden de los penitentes. Vea yo a quién lloráis; para que él mismo me mueva con sus lágrimas. Vea yo si ya para el pecado de aquel cuya venia se pide, ha muerto.

55. Le dice el pueblo: "Ven, y ve" (Ibíd.). ¿Qué es "ven"? Esto es, venga la remisión de los pecados, venga la vida de los difuntos, la resurrección de los muertos, venga también a este pecador tu reino.

56. Vendrá, y mandará que se levante la piedra que el deslizamiento del pecador impuso sobre su cuello. Pudo remover la piedra por el imperio de su palabra; pues al Cristo que manda incluso la naturaleza insensible suele obedecer: podía por la fuerza tácita de una operación oculta trasladar la roca del sepulcro en cuya pasión, removidas súbitamente las piedras, muchísimos sepulcros de difuntos se abrieron: pero mandó a los hombres que removieran la piedra; en verdad ciertamente, para que los incrédulos creyeran lo que veían, y miraran al muerto resucitando: pero en tipo, para

que nos donara a nosotros levantar las cargas de los delitos, ciertas moles de los reos. Nuestro es remover las cargas; de él es resucitar, de él sacar de los sepulcros a los despojados de los vínculos.

57. Viendo pues la grave carga del pecador, llora el Señor Jesús; pues no permite que solo la Iglesia llore. Padece con su amada, y dice al difunto: "Sal fuera" (Juan XI, 43), esto es: Tú que yaces en las tinieblas de la conciencia, y en las suciedades de tus delitos, en una cierta cárcel de reos, sal fuera, manifiesta tu propio delito para que seas justificado: "Pues con la boca se hace la confesión para la salud" (Rom. X, 10).

58. Si hubieras confesado, llamado por Cristo, se romperán los claustros, y se soltarán todos los vínculos, aunque el hedor de la corrupción corpórea sea grave. Pues cuatro días tenía aquel cuya carne hedía en el túmulo: pero cuya carne no vio la corrupción, tres días estuvo en el sepulcro; pues no conoció los vicios de la carne, que consta de las sustancias de los cuatro elementos. Por grande que sea, pues, el hedor del muerto, se abole todo donde haya oído el sagrado ungüento: y resucita el difunto, y se manda soltar sus vínculos, el cual todavía está en pecado: se quita el velo de su faz, que ensombrecía la verdad de la gracia que había recibido. Pero porque se le ha dado la venia, se le manda revelar la faz, abrir el rostro: pues no tiene de qué avergonzarse aquel a quien se le ha remitido el pecado.

59. Pero en tanta gracia del Señor, y en tanto milagro del don divino, cuando convenía que todos se alegraran, se conmovían los impíos, y

contra Cristo congregaban un concilio: querían también matar a Lázaro (Juan XI, 47). ¿No conocéis con mérito que vosotros seréis sus sucesores, de cuya dureza sois herederos (Juan XII, 10)? Pues también vosotros os indignáis, y contra la Iglesia congregáis un concilio; porque veis a los muertos en la Iglesia revivir, y ser resucitados por la venia indultada de los pecados. Y así, en lo que está en vosotros, por envidia de nuevo queréis matar a los resucitados.

60. Pero Jesús no revoca los beneficios, antes bien los amplifica con un cúmulo de liberalidad: revisita solícitamente al resucitado, y alegre por la gracia de la resurrección celebrada viene a la cena, la cual le preparó su Iglesia, en la que aquel que había estado muerto, es hallado como uno entre los que están a la mesa con Cristo.

61. Entonces se maravillan todos los que ven con una mirada pura de la mente, los que no saben envidiar; pues la Iglesia tiene tales hijos. Se maravillan, como dije, cómo aquel que yacía en el túmulo ayer y antes de ayer (Ibíd., 3), sea uno de los que están a la mesa con el Señor Jesús.

62. La misma María derrama ungüento en los pies del Señor Jesús. Por eso quizá en los pies, porque uno de los ínfimos fue arrebatado de la muerte; pues todos somos el cuerpo de Cristo, pero otros quizá son los miembros superiores (I Cor. X, 17). Boca era el Apóstol de Cristo, que decía: "¿Buscáis un experimento de aquel que en mí habla, Cristo?" (II Cor. XIII, 3). Boca sus profetas, por quienes hablaba las cosas futuras: ¡ojalá también yo merezca ser su pie, y derrame en mí

María su ungüento precioso, y unja, y limpie el pecado!

63. [Alias cap. VIII.] Lo que pues leemos de Lázaro, en cada pecador convertido debemos creerlo: el cual aunque tenga hedor, sin embargo es limpiado con el precioso ungüento de la fe: pues tanta gracia tiene la fe, que donde antes del día hedía el muerto, allí de buen olor se llene toda la casa.

64. Hedía la casa corintia, cuando se escribió de ella: "Se oye entre vosotros fornicación, y tal fornicación, cual ni entre las gentes" (I Cor. V, 1). Hedor había, porque un poco de levadura había corrompido toda la masa. Comenzó a oler bien, cuando se dice: "Si a alguno algo perdonasteis, también yo. Pues también yo lo que perdoné, por vosotros en la persona de Cristo" (II Cor. II, 10). Así pues, liberado el pecador, se hizo en ella un gozo grande, y olió toda la casa con la suavidad de la gracia. De donde el Apóstol, bien consciente de que a todos había perfumado con el ungüento de la remisión apostólica, dice: "Buen olor de Cristo somos para Dios en aquellos que se salvan" (Ibíd., 15).

65. Por la efusión pues de este ungüento se alegran todos, solo Judas contradice (Juan XII, 4). Por tanto también ahora el que es prevaricador, contradice; reprende, el que es traidor: pero él mismo es reprendido por Cristo, el cual ignora el remedio de la muerte dominical, y no entiende el misterio de tan gran sepultura. Pues para eso padeció y murió el Señor, para redimirnos de la muerte. Esto indica el excelentísimo precio de su

muerte, por el cual el pecador es absuelto, y es asumido a una nueva gracia; para que vengan y se maravillen todos cómo recuesta con Cristo, y alabando a Dios, digan: "Comamos y banqueteemos; porque este estaba muerto, y revivió: había perecido, y ha sido hallado" (Lc. XV, 24). Si pues algún infiel objetara por qué come con publicanos y pecadores; se le responde: "No tienen necesidad de médico los sanos, sino los que están mal" (Mat. IX, 12).

CAPÍTULO VIII.

Pasando a urgir a la confesión y a las lágrimas, vuelve hacia sí la oración. Y donde significó el deseo de limpiar los pies del Señor a semejanza de la mujer evangélica, en cuya acción dice que está entregada la forma de la penitencia; si alguno sin embargo no alcanzara la perfección de este ejemplar, no obstante Cristo se acercará al sepulcro de aquel. Le ruega con humildísimo ánimo que lo visite y lo resucite en el suyo; pero máximo ciertamente que le dé condolerse con los pecadores, cuyos delitos está persuadido de que son más leves que los suyos propios. No por tanto se debe insultar a aquellos por quienes murió Cristo, por quien desea ser él mismo también recogido entre las rastros que no descuida.

66. Muestra pues al médico tu herida, para que puedas ser sanado. Aunque no la mostraras, la conoce: pero de ti espera oír tu voz. Limpia con lágrimas tus cicatrices. Así aquella mujer en el Evangelio (Mat. IX, 22), y el hedor de su error

limpió, así diluyó la culpa; cuando lava con lágrimas los pies de Jesús.

67. ¡Ojalá me reserves a mí también el lodo de tus pies, Jesús, los cuales mientras caminas en mí, ensuciaste! ¡Ojalá me ofrezcas para ser limpiadas las suciedades de tus vestigios, las cuales yo con mi acto fijé en tus pasos! Pero ¿de dónde a mí agua viva, con la cual pueda lavar tus pies? Si agua no tengo, tengo lágrimas, con las cuales mientras lavo tus pies, ¡ojalá me diluya a mí mismo! ¿De dónde a mí, que digas de mí: "Perdonados le son sus muchos pecados, porque amó mucho" (Lc. VII, 47)? Más haber debido confieso, y más perdonado a mí que del estrépito de los litigios forenses, y del terror de la administración pública a la dignidad del sacerdocio fui llamado; y por eso temo no sea que sea hallado ingrato, si menos amo, a quien más fue perdonado (Ibíd., 44).

68. Pero no todos pueden igualar a esta mujer, la cual incluso a Simón, que daba el almuerzo al Señor, con mérito fue antepuesta: la cual a todos los que quieren merecer la venia, prestó magisterio besando los pies de Cristo, lavándolos con lágrimas, secándolos con los cabellos, ungiéndolos con el ungüento.

69. En el beso hay una insignia de caridad; y por eso dice el Señor Jesús: "Béseme con el beso de su boca" (Cant. I, 1). Los cabellos ¿qué significan, sino para que sepas que, inclinada toda la dignidad de las ínfulas seculares, se debe obsecrar la indulgencia; para que llorando te prosternes a la tierra, para que yaciendo en el suelo muevas la misericordia? En el ungüento también

se expresa el olor de la buena conversión. Rey ciertamente era David, y decía: "Lavaré por cada noche mi lecho, con mis lágrimas regaré mi estrado" (Sal. VI, 7). Y por eso tanta gracia mereció, que de su familia fuera elegida una virgen, que nos diera por parto propio a Cristo. Por eso también esta mujer es predicada en el Evangelio.

70. Sin embargo, si a esta no podemos igualar, sabe el Señor Jesús socorrer también a los enfermos, donde no hay quien pueda preparar el convite, quien traer el ungüento (Juan XII, 7), quien llevar consigo la fuente de agua viva. Vino él mismo al sepulcro.

71. ¡Ojalá pues te dignes acceder a este monumento mío (Juan XI, 34), Señor Jesús, y me laves con tus lágrimas; puesto que con ojos más duros no tengo tantas lágrimas como para poder lavar mis delitos! Si lloraras por mí, seré salvo: si fuera digno de tus lágrimas, limpio el hedor de todos los delitos: si fuera digno de que por un poco lloraras, me llamarás del monumento de este cuerpo, y dirás: "Sal fuera" (Ibíd., 43), para que no dentro de las angustias de este cuerpo se mantengan incluidas mis pensamientos: sino que salgan hacia Cristo, se versen en la luz; para que no piense las obras de las tinieblas, sino las obras de la luz. Pues el que piensa el pecado, dentro de su conciencia estudia incluirse a sí mismo.

72. Llama pues fuera a tu siervo. Aunque ligado por los vínculos de mis pecados, tenga los pies atados, las manos entrelazadas, y por los pensamientos y obras muertas ya esté sepultado; a tu llamado, saldré libre, y seré hallado uno de

los que están a la mesa en tu convite, y tu casa se llenará de ungüento precioso; puesto que te dignaste redimir, custodiarás. Se dirá pues: He aquí aquel no nutrido en el seno de la Iglesia, no domado desde niño, sino arrebatado de los tribunales, abducido de las vanidades de este siglo, de la voz del pregonero acostumbrado al cántico del salmista, permanece en el sacerdocio no por su virtud, sino por la gracia de Cristo, y recuesta entre los comensales de la mesa celestial.

73. Conserva, Señor, tu don, custodia el don que conferiste incluso al que huía. Pues yo sabía que no era digno de ser llamado obispo; porque me había entregado a este siglo: pero por tu gracia soy lo que soy. Y soy ciertamente el mínimo de todos los obispos e ínfimo en mérito; sin embargo, porque también yo asumí algún trabajo por tu santa Iglesia, protege este fruto; no sea que a quien llamaste perdido al sacerdocio, permitas que como sacerdote perezca. Y primero da que sepa condolerse con los que pecan con afecto íntimo; pues esta es la suma virtud, porque está escrito: "Y no te alegrarás sobre los hijos de Judá en el día de su perdición, y no hables grandezas en el día de su tribulación" (Abd. 12): sino que cada vez que se expone el pecado de algún lapso, me compadezca: ni reprenda con soberbia, sino que luga y llore; para que mientras lloro a otro, me llore a mí mismo diciendo: "Justificada es más Tamar, que yo" (Gén. XXXVIII, 26).

74. Quizá una jovencita haya caído, engañada y precipitada por ocasiones que son los fomentos de los pecados; pecamos también los mayores.

Pugna en nosotros la ley de esta carne contra la ley de nuestra mente, y nos arrastra cautivos al pecado, para que hagamos lo que no queremos (Rom. VII, 23). A ella le suministra excusa la edad, a mí ya ninguna; pues ella debe aprender, nosotros enseñar. Por tanto justificada es más Tamar, que yo (I Tim. VI, 10).

75. Acusamos la avaricia de alguno, recordemos si nada nosotros mismos avaramente hicimos: y si lo hicimos, puesto que raíz de los males es la avaricia, y como bajo tierra ocultamente serpentea en nuestro cuerpo, digamos cada uno: "Justificada es más Tamar, que yo".

433 76. Si nos hubiéramos conmovido contra alguien gravemente, causa más leve tiene el laico que el obispo, por el hecho de que conmovido haya hecho algo; retractemos con nosotros mismos, y decimos: "Justificado es más este, que es argüido de conmoción, que yo". Pues si decimos estas cosas, nos precavemos a nosotros mismos; no sea que nos diga el Señor Jesús, o cualquiera de sus discípulos: "La paja en el ojo de tu hermano ves; pero la viga que está en tu ojo, no la ves. Hipócrita, echa primero la viga de tu ojo, y entonces verás para echar la paja del ojo de tu hermano" (Mat. VII, 4, 5).

77. No por tanto nos avergoncemos de decir que nuestra culpa es más grave que la de aquel que pensamos que debe ser argüido; porque dijo esto Judá que argüía a Tamar; y recordada su propia culpa, dijo: "Justificada es más Tamar, que yo" (Gén. XXXVIII, 26). En lo cual hay tanto profundidad de misterio como precepto moral: y por eso

no le fue imputado a su culpa; porque él mismo se acusó antes de que fuera acusado por otros.

78. No por tanto nos alegremos sobre el pecado de alguno, sino más bien luguemos; porque está escrito: "No te alegres sobre mí, enemiga mía; porque caí: pero resurgiré; puesto que si me sentara en las tinieblas, el Señor me iluminará. La ira del Señor sostendré, porque le pequé; hasta que justifique mi causa, y haga mi juicio, y me saque a la luz, y veré su justicia: y verá mi enemiga, y se cubrirá de confusión, la cual me dice: ¿Dónde está el Señor tu Dios? Mis ojos la verán, y será para conculcación como el lodo en la vía" (Miq. VII, 8 y sig.). Ni sin mérito, puesto que el que con el desliz ajeno se alegra, con la victoria del diablo se alegra. Y por eso dolámonos más cuando oímos que ha perecido un hombre por el cual Cristo murió, el cual ni en la mies descuida el rastrojo.

79. ¡Y ojalá que no deseche este rastrojo en la mies, esto es, la avena vana de mi fruto, sino que lo recoja, como dice cierto autor: "¡Ay de mí, porque me he vuelto como quien recoge rastrojo en la mies, y un racimo en la vendimia" (Miq. VII, 1)! para que al menos coma las primicias de su gracia en mí, aunque no apruebe las cosas posteriores.

CAPÍTULO IX.

¿De qué modo es necesaria la fe para la penitencia? ¿Cuántos auxilios de pago tiene cada uno? Que la oración, los llantos y los ayunos son más poderosos que el dinero. Cuando ha confirmado esto con ejemplos, y añadido que la liberalidad vale mucho para el perdón, pero unida a la fe,

refiere algunos vicios de la misma liberalidad. A estos une otros defectos de la penitencia, a saber, de aquellos que o bien pretenden ser reconciliados inmediatamente no remitiendo nada de su lujo habitual, o bien que sitúan la penitencia solo en la abstinencia de los sacramentos, o finalmente que, con la esperanza de la penitencia, se derraman en las liviandades.

80. Por tanto, nos conviene creer que tanto se debe hacer penitencia como se debe conceder el perdón; de modo que esperemos el perdón como por la fe, no como por deuda; pues una cosa es merecer, otra presumir. La fe impetra como por un contrato: pero la presunción es más cercana al arrogante que al suplicante. Primero paga lo que es debido; para que lo que hubieres esperado, merezcas impetrarlo. Paga el afecto de un buen deudor, para que no hagas un préstamo, sino que con el censo de tu fe vacíes el interés del nombre contraído.

81. Más auxilios de pago tiene el que debe a Dios que el que debe al hombre. El hombre reclama dinero por dinero, el cual no siempre está presto para el deudor: Dios exige el afecto, el cual está en tu potestad. Nadie es pobre el que debe a Dios, sino el que a sí mismo se hubiere hecho pobre. Y si no tiene qué venda, tiene qué pague. La oración, las lágrimas, los ayunos, son el censo de un buen deudor, y mucho más abundante que si alguien trajera dinero de los precios de los fundos sin fe.

82. Finalmente, pobre era Ananías cuando, vendido el campo, llevaba el dinero a los apósto-

les; de donde ni pudo pagarse, sino que se implicó (Hech. V, 1, 2). Rica aquella viuda que echó dos monedas de bronce en el gasofiacio, de la cual se dijo: "Esta viuda pobrecilla echó más que todos" (Luc. XXI, 2). Pues Dios no busca el dinero, sino la fe.

83. Ni yo niego que por las liberalidades hechas a los pobres pueda ser disminuido el pecado; pero si la fe recomienda los gastos. Pues ¿qué aprovecha la colación del patrimonio sin la gracia de la caridad?

84. Hay quienes por sola la jactancia afectan el decoro de la largueza; para que por ello quieran parecer probados al vulgo, porque nada se hubieren dejado: pero mientras buscan la merced del presente siglo, no guardan la del futuro; y porque aquí percibieron su merced, allí no pueden esperarla.

85. Hay quienes sus riquezas por un tumultuario impulso de la mente, no por juicio perpetuo, cuando las han conferido a la Iglesia, después pensaron que debían ser revocadas: a los cuales ni la primera merced es firme, ni la segunda; porque ni la primera tuvo juicio, y la segunda tuvo sacrilegio.

86. Hay a quienes les ha pesado haber dividido sus riquezas a los pobres: pero a los que hacen penitencia, esto solo no les debe pesar, para que no hagan penitencia de la misma penitencia. Pues muchos por el miedo del futuro suplicio, conscientes de sus pecados, piden la penitencia, y cuando la han recibido, son retraídos por el pudor de la súplica pública. Estos parecen haber pedido

hacer penitencia de los males para hacerla de los bienes.

87. Algunos por eso piden la penitencia, porque quieren que inmediatamente se les devuelva la comunión. Estos no tanto desean desatarse como ligar al sacerdote; pues no desnudan su conciencia de la culpa, y visten la del sacerdote, a quien se ha mandado: "No deis lo santo a los perros, ni echéis vuestras margaritas ante los puercos"; esto es, a las inmundas impurezas no se deben impartir los consorcios de la sagrada comunión.

88. Así verías a aquellos caminar con vestido cambiado, a los cuales convenía luir y gemir; porque ensuciaron aquel vestido de la ablución y de la gracia: y a las mujeres cargar las orejas con margaritas, encorvar los cuellos, los cuales bien inclinarían a Cristo, no al oro: las cuales se debían llorar a sí mismas, porque perdieron la margarita que es del cielo.

89. Hay también quienes juzguen que esto es la penitencia, si se abstienen de los sacramentos celestiales. Estos son jueces más crueles en sí mismos, los cuales se prescriben la pena, declinan el remedio, a los cuales convenía dolerse incluso de su pena; porque se fraudarían de la gracia celestial (De Poenit., dist. I, cap. Sunt qui arbitrentur).

90. Otros, habiéndose propuesto la esperanza de hacer penitencia, piensan que se les ha prorrogado la licencia de delinquir; cuando la penitencia es el remedio del pecado, no el incentivo de pecar. Pues para la herida es necesario el

medicamento, no la herida para el medicamento; porque por la herida se busca el medicamento, no por el medicamento se desea la herida. Débil es, además, la esperanza que se confía al tiempo; cuando todo tiempo es incierto, toda esperanza no es superviviente al tiempo.

CAPÍTULO X.

Para que el pudor por el cual los culpables son retraídos de la penitencia pública sea repelido, habiendo propuesto la razón de obrar de los profanos, expone la utilidad de las preces emitidas por toda la Iglesia a la vez, y presenta los ejemplos de los santos que lugen. Luego, reprendidos los que juzgan que la misma penitencia debe ser reiterada más a menudo, explica cuán difícilmente se haga bien, o de qué modo deba ser ejecutada.

91. ¿Acaso alguien soportará que te avergüences de rogar a Dios, tú que no te avergüenzas de rogar al hombre? ¿y te avergüence suplicar a Dios, de quien no te ocultas; cuando no te avergüenza confesar tus pecados al hombre, de quien te ocultas? ¿Acaso rehúyes a los testigos y a los conocedores de la oración, cuando si se ha de satisfacer al hombre, es necesario que rodees a muchos, que les obsequies para que se dignen intervenir; que tú mismo te prosternes a las rodillas, que beses las huellas, que ofrezcas a los hijos todavía ignorantes de la culpa, como suplicantes también del perdón paterno? Esto, por tanto, en la Iglesia te hastía hacer, que supliques a Dios, que requieras el patrocinio de la santa plebe para obsequiar; donde nada hay que deba ser para el

pudor, sino el no confesar, cuando todos somos pecadores: donde aquel es más laudable, el que es más humilde; aquel más justo, el que es más abyecto para sí mismo.

92. Llore por ti la madre Iglesia, y lave tu culpa con sus lágrimas, te vea Cristo gimiendo, para que diga: "Bienaventurados los tristes, porque os alegraréis" (Luc. VI, 21). Ama que por uno rueguen muchos. Finalmente, en el Evangelio, movido por las lágrimas de la viuda, porque muchísimos lloraban por ella, resucitó a su hijo (Luc. VII, 13). Por eso más pronto escuchó a Pedro, para que Dorcas resurgiera (Hech. IX, 36); porque los pobres gemían por la muerte de la mujer. Por eso a Pedro mismo inmediatamente perdonó, porque lloró amarguísimamente. Y tú si lloras amarguísimamente, Cristo te mirará, la culpa se alejará (Luc. XXII, 62). Pues el uso del dolor aleja la lujuria del crimen, las delicias del error. Así mientras nos dolemos de las cosas admitidas, excluimos las que se han de admitir, y se hace una cierta disciplina de la inocencia a partir de la condenación de la culpa.

93. Nada, por tanto, te retire de la penitencia, esta te es común con los santos: y ojalá que fuera imitable tal deploración cual la de los santos. David comía como pan la ceniza, y su bebida templaba con lágrimas (Sal. CI, 10); por eso ahora se alegra más, porque lloró más: "Por las salidas de las aguas descendieron", dice, "mis ojos" (Sal. CXVIII, 136).

94. Juan lloró mucho, y dice que le fueron revelados los misterios de Cristo (Apoc. V, 4). Pero

en verdad aquella mujer, que cuando estaba en pecados y debía llorar, se alegraba, y se cubría con vestido de púrpura y de escarlata, y se adornaba con mucho oro y piedras preciosas, ahora luce la miseria del llanto eterno (Apoc. XVII, 4).

95. Mérito tienen de ser reprendidos los que juzgan que la penitencia debe hacerse más a menudo; porque se desmandan en Cristo. Pues si verdaderamente hicieran penitencia, no juzgarían que después debía ser reiterada; porque así como hay un solo bautismo, así hay una sola penitencia, la cual sin embargo se hace públicamente; pues de nuestro pecado cotidiano nos debe pesar: pero esta de los delitos más leves, aquella de los más graves.

96. Más fácilmente, sin embargo, encontré a quienes hayan conservado la inocencia, que a quienes congruentemente hayan hecho penitencia. ¿Acaso alguien juzga que es penitencia aquella donde hay la ambición de adquirir dignidad, donde hay la efusión del vino, donde hay el uso de la misma cópula conyugal? Se ha de renunciar al siglo: se ha de condescender menos al mismo sueño de lo que la naturaleza postula; se ha de interrumpir con gemidos, se ha de romper con suspiros, se ha de secuestrar con oraciones: se ha de vivir de tal modo que muramos para este uso vital, el hombre se niegue a sí mismo para sí mismo, y se mude todo entero: como cuentan las fábulas que cierto joven por amores meretricios partió al extranjero, y habiendo regresado abolido el amor, después ocurrió a su antigua amada, la cual cuando él no la interpeló, admirada pensó

que no había sido reconocida, ocurriéndole de nuevo le dijo: "Soy yo"; respondió aquel: "Pero yo no soy yo".

97. De donde bien dice el Señor: "El que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo para sí, y tome su cruz, y sígame" (Mat. XVI, 24). Pues los que muertos y sepultados están en Cristo, no deben otra vez como si vivieran decidir de este mundo. "No toquéis", dice, "ni contaminéis las cosas que todas son para la corrupción por el uso mismo" (Col. II, 20), por el hecho de que el uso mismo de esta vida es corrupción de la integridad.

CAPÍTULO XI.

Donde primero premisó que el bautismo no se rechace hasta la muerte, que la penitencia es la causa; a aquellos por los cuales esta misma es procrastinada, los urge con testimonios de la Escritura aportados. Subraya sin embargo que no se ha de hacer aquella entonces, cuando todavía hierven las concupiscencias, sino hasta que las mismas hayan residido, se ha de esperar.

98. Buena, por tanto, es la penitencia, la cual si no fuera, todos diferirían hasta la senectud la gracia de la ablución. A los cuales bastante de respuesta es porque mejor es que tenga qué remendar, que no tenga de qué vestirme: pero así como las cosas una vez cosidas se reintegran, así frecuentemente cosidas se desatan.

99. A los que difieren la penitencia, bastante el mismo Señor amonestó diciendo: "Haced penitencia; pues se ha acercado el reino de los cielos"

(Mat. IV, 17). No sabemos, por tanto, a qué hora vendrá el ladrón, no sabemos si la próxima noche se nos reclame nuestra alma. A Adán después de la culpa inmediatamente del paraíso Dios expulsó, no lo difirió: sino que inmediatamente lo separó de las delicias, para que hiciera penitencia: inmediatamente vistió la túnica de piel, no de seda (Gén. III, 21).

100. ¿Pues qué es lo que difieras? ¿Acaso para que cometas más pecados? ¿Por tanto, porque Dios es bueno, por eso tú eres malo, y desprecias las riquezas de su bondad y de su paciencia (Rom. II, 4)? Pero la bondad del Señor más a la penitencia te debe conducir. Por eso a todos el santo David dice: "Venid adoremos, y prosternémonos ante él, y lloremos ante el Señor nuestro, que nos hizo" (Sal. XCIV, 6). Del pecador, en cambio, muerto sin penitencia, porque nada más queda sino luir gravemente, sino llorar, tienes a aquel mismo llorando y diciendo: "Hijo mío Absalón, hijo mío Absalón" (II Sam. XVIII, 33). Pues el que está penosamente muerto, sin ninguna excepción es llorado.

101. De estos, en cambio, que exiliados y peregrinos de los límites paternos, los cuales la ley de Moisés santa prescribió, se implican en los errores mundanos, oyes al que canta: "Sobre los ríos de Babilonia allí nos sentamos y lloramos, mientras nos acordábamos de Sión" (Sal. CXXXVI, 1). Induce, pues, los gemidos de los lapsos, que puestos todavía en el mismo estado de los tiempos presentes y de las cosas que resbalan deben resipiscer; a saber, por el ejemplo de aquellos que

por el precio del pecado habían sido conducidos a la miseria de la cautividad.

Nada hay, sin embargo, que sea para tan sumo dolor, como que cada uno puesto bajo la cautividad del pecado, se acuerde de dónde cayó, y de dónde descendió; por el hecho de que hacia las cosas corpóreas y terrenas de aquella especiosa y bella intención del conocimiento divino se desvió.

103. Así tienes a Adán escondiéndose, donde conoció que Dios estaba presente, y buscado quiso ocultarse, y llamado por el Señor con aquella voz que mordiera el afecto del que se oculta, esto es: "Adán, ¿dónde estás" (Gén. III, 9)? Esto es, ¿por qué te escondes? ¿por qué te ocultas? ¿por qué huyes de aquel a quien deseabas ver? Tan grave es la culpa de la conciencia, que sin juez ella misma se castiga, y desea velarse; y sin embargo ante Dios está desnuda.

104. Y por eso nadie puesto en el pecado debe arrogarse autoridad o usurpación de los sacramentos; porque escrito está: "Pecaste, descansa" (Gén. IV, 10). Lo que en el presente salmo David dice: "En los sauces", dice, "en medio de ella suspendimos nuestros instrumentos"; y abajo: "¿Cómo cantaremos el cántico del Señor en tierra ajena" (Sal. CXXXVI, 1, 2)? Pues si la carne pugna contra la mente, ni está súbdita al timón del ánimo, y al imperio de la mente, ajena es la tierra que no es domada por el ejercicio del cultivador, y por eso no puede traer los frutos de la caridad, de la paciencia y de la paz. Mejor es, por tanto, entonces descansar, cuando no puedas ejercitar

las obras de la penitencia; para que en la misma penitencia no se haga lo que después necesite de penitencia. La cual si una vez fuera usurpada, ni celebrada por ley, ni obtiene el fruto de la anterior, y quitará el uso de la posterior (De Poenit., dist. III, cap. Si quis, § Poenitencia).

105. Ciertamente aun cuando la carne pugna, la mente debe estar intenta hacia Dios: y si las obras no siguen, la fe no nos deserte: y si impugnan o bien los halagos de la carne, o bien las potestades adversarias, permanezca la mente dedicada a Dios (Rom. VII, 23). Pues entonces máxime somos urgidos, cuando la carne cede: y hay quienes vehementemente incumben a la mísera alma, buscando quitar todo presidio. De donde es aquello: "Exanidad, exanidad hasta el fundamento en ella" (Sal. CXXXVI, 7).

106. A la cual David compadecido dice: "Hija de Babilonia mísera" (Ibíd., 8). Mísera ciertamente, porque es hija de Babilonia la que dejó de ser hija de Dios. A la cual sin embargo invita al médico, diciendo: "Bienaventurado el que tendrá, y estrellará tus párvulos contra la piedra" (Ibíd., 9), esto es, el que las débiles y lúbricas cogitaciones estelle contra Cristo, el que todos los movimientos irracionales por la reverencia y disceptación de él desmenuce; para que si alguno por amor adulterino es raptado, excluya el fuego, y la cópula de la meretriz, y se abdique de su estudio, para que a Cristo adquiera.

Aprendimos, por tanto, que se ha de hacer penitencia, y que se ha de hacer en aquel tiempo en que la lujuria de la culpa defervezca: y que

puestos en la cautividad del pecado, nosotros debemos ser más reverentes, no usurpadores. Pues si a Moisés que gestía acceder más cerca para que la cognición del misterio celestial agotara, se le dice: "Desata el calzado de tus pies" (Éx. III, 5); ¿cuánto más nosotros los pies de nuestra alma debemos despojar de los vínculos corporales, y todos nuestros pasos del nexo de este mundo debemos absolver?